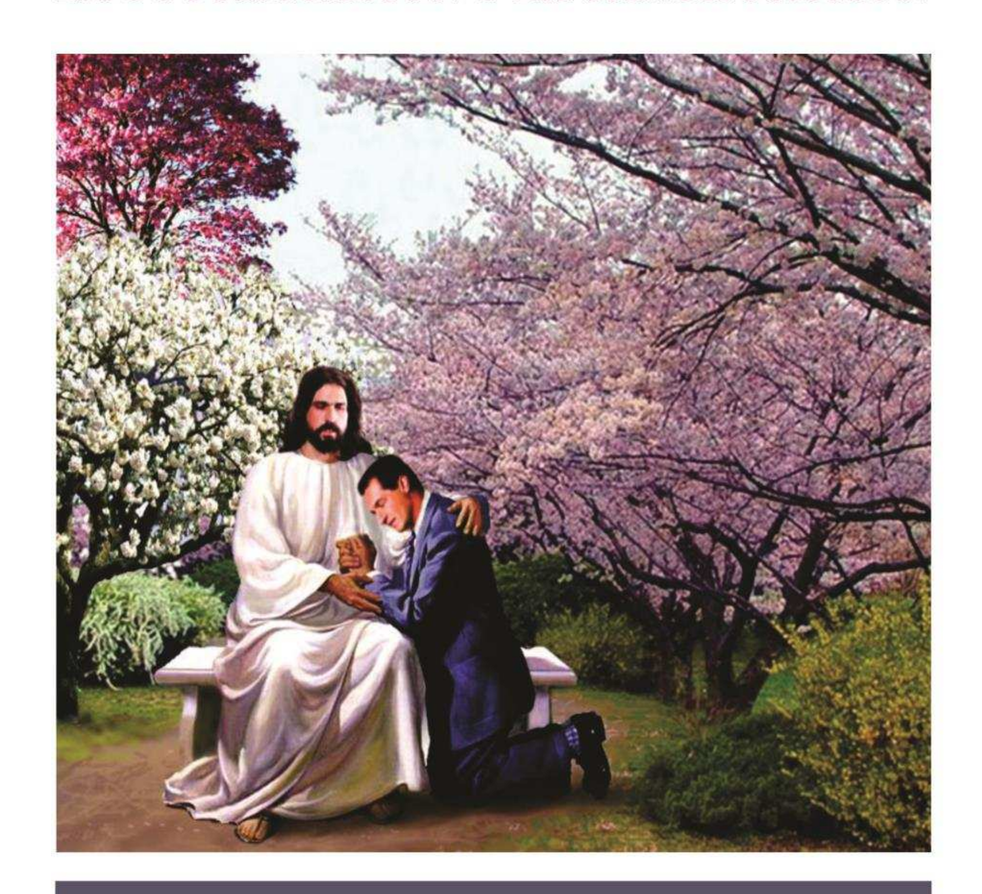
VERDADES Y ERRORES ACERCA DE LA JUSTIFICACIÓN Y LA SANTIFICACIÓN



Leroy E. Beskow

VERSIÓN ABREVIADA

2012

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Después de un largo tiempo que se presentaran las verdades eternas en el Congreso General de Minneapolis, en 1888, "ni uno en cien" de los creyentes adventistas entendía bien el plan de salvación; y sólo alrededor de cinco de cada cien estaba en condiciones de alcanzar el cielo por comprender esta verdad, libre de los prejuicios heredados de las iglesias mayoritarias.[1] Gracias a Dios, hoy la situación no es la misma de entonces. El conocimiento de la verdad ha progresado, y ya la mayoría cree que puede ser salvo mediante la fe. Pero "el péndulo" del error ha pasado la línea media de la verdad, y ha llevado a muchos a una teología liberal profetizada por la pluma inspirada, que puede ser tan peligrosa como el legalismo de los primeros tiempos y el perfeccionismo que continúa hasta hoy.

En lugar de avanzar gracias a la enorme cantidad de información inspirada recibida, algunos estudiosos se han parado en medio del camino, para contemplar la obra de los reformadores hasta llegar a ocupar la mayor parte de su interés. "**Creced** en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo", es la orden divina (2 Ped. 3:18). La falta de atención a este mandato fue la causa por qué el Señor dijo de Israel: "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento" (Ose. 4:6).

Elena G. de White escribió: "**No cerrará el tiempo de gracia hasta que el mensaje haya sido proclamado con más claridad**. La ley de Dios ha de ser magnificada [...] El mensaje de **la justicia de Cristo** ha de resonar de un extremo de la tierra hasta el otro para preparar el camino del Señor. **Esta es la gloria de Dios que terminará la obra del tercer ángel**".[2]

Pero todavía no estamos en ese tiempo; y no debiéramos sorprendernos por lo que Elena G. de White nos dice: "**Jesús no puede venir** todavía a la tierra. Ellos [los que dicen poseer la luz de la verdad] tienen que soportar mayores pruebas por él. **Deben renunciar a tradiciones y errores recibidos de los hombres y volverse por completo a Dios y su Palabra**".[3]

"La doctrina de la gracia y la salvación por medio de Cristo es un misterio para una gran parte de los que tienen sus nombres en los libros de la iglesia. Si Cristo estuviera en la tierra hablando a su pueblo, él los reprocharía por la lentitud de su comprensión".[4]

Es muy cierto que nuestro pueblo sigue la verdad más de cerca que cualquier otra iglesia cristiana. Pero **no de toda la verdad**. Por eso nos encontramos aquí reconociendo que somos falibles, pero con el sincero deseo de seguir la verdad con todo el corazón. Este documento lo he escrito con oración, teniendo el sincero deseo de conocer la verdad y sólo la verdad inspirada. Y para poder lograr este objetivo me fue necesario no sólo encontrar apoyo a lo que creía que era la verdad, sino también buscar toda declaración inspirada que podría oponerse a mis conclusiones. Aquí encontré la clave para saber qué es verdad y cómo poder diferenciarla del error. Y pude constatar que

---

Todo énfasis que presento con **negrita** es y será mío.

[1]Elena G. de White, *Mensajes Selectos,* v 1, (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, 1966), p. 422. (En adelante será *(MS*). Se entiende que ese 5% no es exacto, sino más bien una forma aproximada de indicar una realidad en sus días.

[2] ——, *Joyas de los Testimonios (JT),* vol. 2, (Bs. As.: ACES, 1956), pp. 373,374.

[3] ——, *Primeros Escritos (PE),* (M. V.,Calif.: Pub. Inter., 1962), p. 243. Esta amonestación fue dirigida primeramente a los adventistas de mediados del siglo XIX. Pero la cita anterior, escrita en 1900, nos dice claramente que el fin del tiempo de gracia todavía no se puede cumplir por esta causa. Por eso también se tarda la venida de Cristo.

[4] ——, *Mensajes selectos (MS),* vol. 3, (M.V., Calif.: Pub. Inter., 1986), p. 213.

es infalible: Siempre que un investigador o una posición adventista presenta una posición errónea, resta importancia, o deja a un lado algunas declaraciones inspiradas que cree molestarle o se le opone directamente.

Por lo tanto, si Ud. desea sinceramente conocer la verdad; se encuentra aquí con algo que no se ajusta a sus creencias y ve que está documentado con la inspiración, no lo rechace sino verifíquelo aunque le parezca herético. Sólo con este espíritu de investigación Dios podrá contestar su oración por mayor luz. Entonces, si me acompaña, beberemos juntos de la Fuente de la verdad, y gozaremos de esa verdad inagotable.

El autor

LA SALVACIÓN EN LA HISTORIA ADVENTISTA

Platón (428- 347 a.C.) fue el filósofo griego de más influencia en la doctrina cristiana acerca del pecado en el hombre. El gnosticismo y el nicolaísmo, una rama del gnosticismo, fueron los que introdujeron la filosofía platónica en el cristianismo. Esos cristianos helenistas enseñaban que el hombre debe liberarse del pecado de la materia por medio de la "gnosis", y que Cristo, el Logos, no se encarnó realmente sino en "apariencia".[1] Por eso decían que se mantuvo puro.

Según Elena G. de White, el pecado de los nicolaítas era que cambiaban "la gracia de Dios por lascivia".[2] Eran "lobos rapaces" que asolaban el rebaño (Hech. 20: 29-30) enseñando que eran "hombres salvados en sus transgresiones", debido a la imposibilidad del hombre para guardar la ley viviendo en el cuerpo (Juan 15:5). Por eso concluyeron que Cristo "cumple la ley por nosotros" ("fullfills the law for us") en la santificación[3] —Observe que desde los años setenta hay algunos entre nosotros que, aunque aceptan la ley de Dios, muestran una inclinación hacia esta enseñanza.

Tertuliano fue el primer escritor cristiano de los llamados "padres de la Iglesia", que habló acerca de un pecado original; y que influyó en Agustín de Hipona en la necesidad de una "gracia previniente" para todas las almas que Dios trae al mundo. Por eso le dio importancia al bautismo infantil. Enseñanza que después prendió en Lutero, y por medio de él pasó al protestantismo.

Antes de llegar al conocimiento de la verdad, los pioneros de nuestra iglesia habían sido protestantes. Pero la verdad del sábado como día del Señor, cautivó el interés a tal punto que los Diez Mandamientos finalmente fueron ubicados en un pedestal más alto que la justificación por la fe. Con el tiempo se creyó que el énfasis que Elena G. de White daba a la observancia de la ley de Dios, para contrarrestar la doctrina protestante, era como un apoyo a la doctrina de la salvación católica de una justicia por la fe más las obras. Finalmente el legalismo adventista llegó a ser aceptado hasta entre los líderes de la Asociación General.

Sabemos cuál fue el impacto que en 1888 causó en la iglesia el casi olvidado mensaje de salvación, cuando fue presentado por dos jóvenes pastores a quienes en los primeros tiempos la Hna. White apoyó plenamente —es decir antes que Jones y Waggoner se apartaran de la verdad y finalmente abandonaran al pueblo de Dios—. Elena G. de White se sintió tan feliz por la claridad del mensaje, que llegó a pensar que el fuerte pregón del tercer ángel ya estaba por iniciar su bendita obra.[4] La salvación anunciada desde 1888 era nueva no sólo para los que se habían acercado al legalismo, sino también para la mayor parte del cristianismo; pues rechazaba al catolicismo, al negar la observancia de la ley para conseguir el perdón, y también al protestantismo al presentar una justificación no sólo legal, sino también real en la conciencia. En este punto la mensajera del Señor se opuso a Lutero. Waggoner decía que si el pecador "está justificado, ha sido hecho justo, ciertamente ha sufrido un cambio radical. Es, en verdad, otra persona [...y el perdón] contiene **en sí mismo** ese maravilloso y milagroso cambio conocido como el nuevo nacimiento".[5]

Esta salvación anunciada que recibió el pleno apoyo de la sierva del Señor, era la justificación por la fe "más abarcante" que se conocía en todo el cristianismo;[6] y será la que se anunciará en el tercer mensaje angélico, porque el perdón y la limpieza de toda maldad son bendiciones que recibimos en la justificación "misma". Es decir que la santificación del perfeccionamiento es el "fruto", el resultado de

---

[1] Juan J.A. Pascual, Carlos Hernández, *Historia de la Filosofía,* (Madrid: Edit. McGraw-Hill, 1996), p. 199.
[2] Elena G. de White, *Review and Herald (RH),* 7 de junio de 1887.
[3] ——, *Signs of the Times (ST),* 25 de febrero de 1897.
[4] ——, *Testimonios para los Ministros (TM),* (Bs. As.: CES, 1961), p. 89.
[5] E. J. Waggoner, *Christ and His Righteousnes (CHR),* (Oakland: P.P.P.A., 1890), p. 66.
[6] E. G. de White, *El Discurso Maestro de Jesucristo (DMJ),* (M. V., Calif.: Pub. Inter., 1964), p. 97.

la limpieza o liberación total del pecado en la conciencia —no en la naturaleza, como dice Roma—, ya realizada por la justificación en nosotros (Rom. 6:22). Esto sí que era nuevo. Era una de las "grandes verdades que han yacido sin ser oídas ni vistas desde los días de Pentecostés";[1] y para muchos lo seguirá siendo hasta el fin, cuando miles del mundo protestante acepten el triple mensaje angélico y se unan a nuestra iglesia purificada.

La segunda revolución doctrinal se produjo cuando Jones y Waggoner anunciaron que para darnos ejemplo del poder que otorga el Evangelio, Jesús se encarnó para obedecer con "la naturaleza humana caída". Otra vez todas las miradas se volvieron a la mensajera del Señor. La respuesta que dio ella también fue de apoyo. Y, conociendo de antemano lo que iba a acontecer en el futuro, la volvió a confirmar repitiéndola en varias oportunidades. Pero aquí tampoco estos dos jóvenes pastores estaban entendiendo cabalmente lo que estaban diciendo, y pronto llegaron a una conclusión casi satánica:

"Más aún, el hecho de que Cristo tomó sobre sí mismo la carne, no de un ser sin pecado, sino del **hombre pecador**, es decir, que la carne que asumió tenía **todas las debilidades y las tendencias pecaminosas** [...]".[2] La respuesta de la profetiza de Dios fue bien clara: "Nunca dejéis, en forma alguna, la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera se rindió a la corrupción [...] En ninguna ocasión hubo una respuesta a las muchas tentaciones de Satanás".[3]

En 1949, el pastor Edgar Unruh tuvo un encuentro radial con Donald Bernhouse, un pastor evangélico. Allí se expuso la posición adventista con relación a la naturaleza humana de Cristo. Y posteriormente Bernhouse escribió un artículo en la revista Eternity, concluyendo que la posición adventista respecto a la naturaleza de Jesús era "satánica". El impacto que causó esta declaración en los teólogos de la Asociación General, que buscaban un acercamiento con el mundo evangélico, fue tremendo.

A nadie le agrada ser miembro de una secta. Así que LeRoy Froom, M. L. Andreasen y Walter Read se entrevistaron con los evangélicos Walter Martin y George Cann en la Asociación General, motivando a nuestras autoridades a autorizar la publicación corregida de *Seventh day Adventists Answer Questions on Doctrine* (Los Adventistas Responden a Preguntas Sobre Doctrina). W. Martin examinó detenidamente este documento, notando un cambio con respecto a nuestra antigua posición acerca de la naturaleza de Cristo y el pecado original. M. L. Andreasen no estuvo de acuerdo con los cambios ofrecidos, uniéndose a él otros teólogos.

Esta controversia, que todavía continúa innecesariamente —pues veremos que la Revelación da la respuesta con toda claridad—, fue aprovechada por eruditos evangélicos, como Geoffrey Paxton, para divulgar la idea de que ya no merecemos el título de guardianes de la Reforma. La trampa de Paxton difícilmente hubiera podido ser más exitosa, pues el grupo nuestro de teólogos que evitaba ser separado de la comunidad evangélica, olvidó la recomendación de la sierva del Señor de que "la Reforma no terminó con Lutero, como algunos suponen. Debe continuar hasta el fin de la historia del mundo [...] Desde esa época hasta ahora continuamente ha estado brillando una nueva luz sobre las Escrituras, y se han ido desarrollando constantemente nuevas verdades".[4]

En verdad, somos nosotros los verdaderos guardianes de la Reforma, porque avanzamos con nuestra mira fija en Cristo, quien dijo: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Luc. 9:62).

Durante 1971 también se conoció en la Universidad Andrews una tesis de Hans K. LaRondelle, que tenía el propósito de mostrar los errores del perfeccionismo que se había desarrollado hasta la década de los sesenta. Desde la posición que tomó Waggoner, buena parte de nuestros estudiosos conservaba

---

[1] *RH,* 17 de agosto de 1897.
[2] Waggoner, ibíd., pp. 26,27.
[3] Francis D. Nichol, ed.,*Comentario Bíblico Adventista (CBA),* v 5, (M. V., Calif.: Pub. Inter. 1987), pp. 1102,1103.
[4] *E. G. de White, La Historia de la Redención (HR),* (Bs. As.: ACES, 1980), p. 370.

esta creencia. Pero la tesis de Larondelle, con una fuerte inclinación hacia el calvinismo,[1] dio principio a la segunda parte de la crisis adventista: La naturaleza del hombre con respecto al pecado.

Se liberó luego una avalancha de publicaciones hacia una teología evangélica cada vez más liberal, que recibió el apoyo de nuestras editoriales. Y con ello un fuerte rechazo de los ultra conservadores. Y para llegar a un acuerdo acerca de la humanidad de Cristo y la justificación por la fe, en 1980 se reunieron los teólogos más destacados, para confirmar la doctrina de la justificación que mantenía la mayoría de los teólogos de la Universidad Andrews. Doctrina que hoy es sostenida por la mayoría de los líderes de nuestra iglesia.

Entre las causas que dieron origen a esta crisis, podemos encontrar una que llevó a los doctores R. Timm, F. Canale y otros, a manifestar su preocupación de que nuestro pueblo podía perder su distinción como líder de la Biblia:

Hasta principios del siglo XX la verdad estaba del lado de los pastores U. Smith y Butler o de los pastores Jones y Waggoner. A mediados del mismo siglo nuestros estudiosos se separaron para defender la teología de la Reforma contra la de Robert Wieland, que estaba fundada en Jones y Waggoner. Después Brinsmead y Ford propusieron llevar a nuestro pueblo del lado del luteranismo, y con el Dr. LaRondelle al calvinismo. Y desde fines del siglo pasado, la crisis de nuestro pueblo se debate entre la fe de la Reforma y el perfeccionismo de Waggoner. Es lógico que nos preguntemos ¿Y dónde están los que levantan la bandera de la Palabra de Dios para unirnos a ella, y sólo a ella? ¿Hasta cuándo seguiremos moviéndonos como un péndulo, encandilados por la teología humana?

Los conservadores denominan a los nuevos movimientos: "Nueva teología", "calvinistas", "adventistas de izquierda", "liberales" y "evangélicos adventistas". Y éstos últimos denominan al otro grupo: "perfeccionistas", "conservadores", "derechistas", "legalistas" y "fariseos".

Creo que la mayoría de estos títulos están cargados de exageraciones y facilitan la tarea al enemigo de las almas. De todas maneras ya sabemos que este debilitamiento de la iglesia es sólo pasajero, ya que la profecía señala un final victorioso y feliz. Lo que sí debemos lamentar, es que mientras el pueblo de Dios no se base plenamente en la Palabra de Dios, no se cumplirá el propósito del Señor a fin de que pueda volver a buscarnos (Efe. 4:11-15).[2]

---

[1] Juan Calvino, *Institutes*, III, 16,1, citado por Hans K. LaRondelle, *La doctrina de la salvación. Justificación por la fe,* (Libertador San Martín, Entre Ríos, impreso por la Universidad Adventista del Plata, 1982), p. 20.

[2] White, *JT*, pp. 373,374.

PRIMERA PARTE

LA JUSTIFICACIÓN

¿POR QUÉ LA SALVACIÓN ES POR LA FE?

En medio de la oscuridad medieval, un monje que creía pagar las culpas del pecado subiendo de rodillas una escalera sagrada de Roma, exclamó en su interior: "*sola fide*" (sólo por fe). Y se levantó abandonando el lugar ante la mirada atónita de los demás penitentes. Ese monje era Martín Lutero. Elena G. de White lo defendió, por su manera inteligente y arrojada de desenmascarar al papado. Pero cuando ella se dirigió a los fieles de nuestra iglesia, en algunos casos tuvo que hacer recordar que la fe nunca está sola —como veremos después—, y por lo tanto, "Lutero y sus colaboradores llevaron a cabo una notable tarea en favor de Dios [...] pero había importantes verdades que no descubrieron, y **graves errores a los que no renunciaron**".[1]

¿Por qué los escritores de la Biblia escribieron que somos justificados "por la fe", pero nunca "**sólo** por la fe"?

¿QUÉ ES LA FE?

La **fe,** del hebreo *'emeth, 'emun* y *'emuná*) de *'aman*)*;* y *batakj:* creer, tener seguridad, confianza, lo verdadero y permanente; y del griego *pístis*, *pisteúo* y *peídso*: seguro, fiel, creíble, confiable, es un "don de Dios"(Efe. 2:8), conforme a una "medida [...] que Dios repartió [y añade en el momento que lo pedimos] a cada uno" (Rom. 12:3). Somos salvos por **confiar** en el Salvador (*bitkjá*, de *batkj:* Isa. 30:15; Jer. 39:18); por tener **fe** en él (*emuná:* Hab. 2:4; *pístis:* Rom. 1:17), y por **creer** en él (*'amán*: Gén. 15:6; *pisteúo:* Hec. 16:31; Rom. 10:10). Así que tener "fe", "confiar" y "creer", en la Biblia es lo mismo.

Pero, este don divino ¿lo recibimos únicamente en el momento que lo pedimos? Si fuera así, ¿por qué "viene por el oír" o leer la Palabra de Dios (Rom. 10:17)? ¿Por qué nos lleva a confiar en Dios (*peídso:* Heb. 2:13), pero también a "confiar en la carne" (*peídso:* Fil. 3:4)? ¿Por qué conduce al creyente a la salvación (*pisteúo:* Hech. 16:31), y a Satanás a temblar de miedo porque cree en lo que dice la Biblia acerca de lo que le espera (*pisteúo:* Sant. 2:19)? ¿Y por qué la Hna. White dice que es un "**acto de la mente**",[2] y "es el medio por el cual la verdad **y el error** encuentran abrigo en la mente"?[3]

Elena G. de White escribió: "La fe que nos capacita para recibir los dones de Dios, es en sí misma un don del cual se imparte **una porción a cada ser humano** [aunque no sea creyente desde el primer momento]. **Aumenta a medida que se la usa** para asimilar la Palabra de Dios".[4] "La fe es el don de Dios, pero **el poder para ejercitarla es nuestro**.[5]

La fe depende de nosotros, pues es un acto positivo de la mente frente al conocimiento de alguien o de algo. Y está basada en una convicción razonable, no en un sentimiento (Heb. 11:1) o en un

---

[1] *HR,* p. 370.
[2] *MS,* 1: 406..
[3] ——, *Mente, carácter y personalidad (MCP),* v 2, (Bs. As.: ACES, 1990), pp. 552,558.
[4] ——, *La educación (E),* (Bs. As.: ACES, 1958), p. 247.
[5] ——, *Patriarcas y profetas (PP),* (M. V., Calif.: Pub. Inter., 1955), p. 458.

fuerte deseo –"Quiero que se cure, por eso Dios lo va a sanar"–, pues Elena G. de White dice que "tener fe es rendir a Dios **la inteligencia**, la energía, que hemos recibido de él".[1] Así que también dice que "el sentimiento de por sí no es fe. Son dos cosas **distintas**".[2] No es por un sentimiento, que creemos que fue "constituido el universo" por Dios, sino por los argumentos razonables que presenta la Biblia (Heb. 11:2). Entonces, a pesar que no es suficiente la inteligencia del hombre para poder creer que Dios existe y nos ama, la fe se basa en la razón. La Hna. White también dice: "Lo creo, así es, **no porque lo sienta**, sino porque Dios lo ha prometido".[3] Por eso Jesús dijo: "El que lee, entienda" (Mat. 24:15). Es una "convicción"; una certeza, que en ciertos casos puede ser una prueba o semi-prueba (*élenjos*). Entonces, el sentimiento tiene su lugar en el desarrollo de la fe, pero no se basa en él. Cuando las argumentaciones divinas nos llevan a la convicción, los sentimientos de seguridad, de paz y de alegría –y también de temor, como es el caso de Satanás– vienen como resultado.

Uno de los dones que Dios dio a Adán y de él lo heredamos, es **la fe natural**, que sin ella nadie podría vivir por mucho tiempo. La pluma inspirada dice que esta fe, "es necesaria tanto en los asuntos más pequeños como en los mayores de la vida".[4] Y se diferencia de la fe religiosa, porque sabemos que hasta Satanás puede tener esta fe. Pero Jesús nos dice que hay grados de fe (Mat. 17:20). Y si la fe no produce obras, es porque es una fe muy débil.

Elena G. De White escribió: "Algunos suponen [...] que no pueden tener fe **a menos que sientan el poder del Espíritu**".[5] Pero recordemos que la fe es un "**acto de la mente**"; "es un don de Dios, pero **el poder para ejercitarla es nuestro**".[6] Si fuera una obra sólo del Espíritu que nos llega como un "paquete", no necesitaríamos del apoyo bíblico.

¿Cómo actúa **la fe natural**? La clave de toda fe está en el pasado. Si por ejemplo vamos al trabajo tomando cierta dirección, es porque estamos convencidos que sólo por esa dirección podremos llegar allá, aunque todavía no estemos viendo el lugar de destino. Como la fe natural no requiere de una ayuda especial del Espíritu Santo, el hombre no sólo puede llegar a creer en el error sino también actuar de acuerdo a ello (Isa. 30:2; Jer. 28:15; 29:31; 2 Cor. 1:9; Fil. 3:4).

La fe salvadora es la misma fe natural, pero sólo se la obtiene con la ayuda del Espíritu Santo, porque naturalmente nadie puede entender ni buscar a Dios (Rom. 3:10,11). Al confirmar lo que dice Pablo de esta fe en Efesios 2:8, la Hna. White dice: "No podemos hacer nada para generar [esta] fe [...] ni tampoco podemos perfeccionarla".[7] Entonces, ¿cómo actúa la fe religiosa? También se basa en el pasado. Por eso es una convicción; una seguridad basada en evidencias razonables –"El que lee, entienda" (Mat. 24:15)–. Una vez que llegamos a conocer la historia sagrada, y nos convencemos de que Dios nunca faltó a sus promesas, cuando el hombre cumplió con su parte, pensamos: "Si Dios siempre cumplió con su palabra, ¿qué argumentos podemos presentar para dudar de él ahora?"

Pero, ¿por qué no todos los lectores de la Biblia creen en el Señor? Porque el hombre natural se siente suficiente y cree que no necesita de la ayuda divina. Además le cuesta reconocer que es culpable de algo; de que necesita un Salvador; al punto de que puede pensar que creer en eso es una estupidez, una locura (1 Cor. 1:18). Vemos que entre la fe natural y la religiosa hay un abismo tan grande, que el hombre nunca podrá superar sin la intervención de Dios.

También podemos decir que en la Biblia la "fe" tiene un significado triple:

1º Es **confiar** en algo (Fil. 3:4; Heb. 13:18); en una persona humana (2 Cor. 7:16) o en Dios (Sal. 25:2,20; 31:6; Rom. 14:14; 1 Cor. 1:9). Y confiar es creer (Rom. 4:5; 10:9,10; 2 Cor. 4:13; Heb.

---

[1] *RH*, 19 de diciembre, 1904
[2] ——, *Testimonios selectos (TS)*, v. 1, (Bs. As.: Casa Editora Sudamericana, 1923), p. 124.
[3] ——, *El camino a Cristo(CC)*, (Bs. As.: ACES, 1987), p. 51.
[4] *E*, p. 247.
[5] *TS*, 1:124.
[6] *PP*, 458.
[7] *MS*, 3:225

11:6; Sant. 2:19,20). Por eso Pablo y Silas dijeron al carcelero: "**Cree** en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa" (Hech. 16:31) —fueron salvos por la "fe"—. Este mismo vocablo *pisteuo* usa el apóstol en Santiago 2:19, cuando segura que los demonios también creen… pero en sí mismos más que en Dios.

2º La "fe" bíblica es **fidelidad**, lealtad a Dios y a sus principios (Rom. 3:3; Tit. 2:10).

3º Es la **doctrina**, la creencia que Dios reveló (Hech. 6:7; 13:6-8; 14:22; Fil 1:27; Sant. 2:1; Jud. 3).

LA FE QUE OBRA" Y "LA FE Y LAS OBRAS"

San Pablo dijo que lo que "vale" es "la fe **que obra** por amor" (Gál. 5:6). Esta es la fe que se requiere para ser salvos, y es la que nuestra iglesia enseña en una de las 28 creencias fundamentales: "Pablo y Santiago están de acuerdo en lo que constituye la justificación por la fe. Pablo revela la falacia de obtener justificación por obras, mientras que Santiago enfoca el concepto igualmente peligroso de pretender que somos justificados sin mostrar las obras correspondientes. Ni las obras ni una fe muerta pueden conducirnos a la justificación".[1] Y la pluma inspirada advirtió: "Hay peligro en ver la justificación por la fe como poniendo mérito en la fe".[2]

Elena G. de White también escribió: "Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados contra Dios, y buscamos **el perdón** en virtud de los méritos de Cristo, él impartirá esa **fe que obra** por amor y purifica el corazón. **Por la fe en Cristo, y por la obediencia de la ley** de Dios, podemos ser **santificados**, y así obtener la preparación para asociarnos con los santos ángeles".[3]

En esta declaración, la sierva del Señor nos indica que para el perdón o justificación, es una "fe que obra". Y para la santificación, es "por la fe [...] **y** por las obras". Pero, ¡cuidado!: ella no está sosteniendo el concepto que viene de la mayoría de los Padres de la Iglesia, y que fue confirmado en la iglesia de Roma por Agustín. Es a saber, que somos salvos gracias a una primera parte que nos libera de la condenación del pecado original, llamada "justificación por la fe", **y** una segunda parte mediante nuestras obras, llamada "santificación". Los católicos también creen en la "justificación mediante la fe" "que depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios".[4] El apóstol Pablo es claro en esto: "Mas **ahora** que habéis sido **libertados del pecado** y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro **fruto la santificación**, y como fin la vida eterna" (Rom. 6:22). Según la Revelación, la santificación no es la segunda parte o el complemento de una salvación parcial del pecado, sino el resultado, el "fruto" de una justificación instantánea y completa **ya** realizada en cada perdón. Esta verdad fue la que causó una revolución en 1888.

LAS OBRAS DE SANTIAGO 2:24

Santiago 2:24 es uno de los pasajes más controvertidos que existen con relación a la justificación por la fe. Este pasaje fue para Lutero un problema mayor, a tal punto que al principio creyó que se trataba de una fuente no inspirada. Entre nosotros se presentan tres posiciones:

---

[1] Asociación Ministerial de la Asociación General, *Creencias de los adventistas del 7º día (CASD),* v 1, (Bs.As., ACES, 1988), pp. 140,141.

[2] E. G. de White, *Manuscrito (Ms)* 36, 1890.

[3] ————, *La Educación del Carácter (EC),* (M. V., Calif.: Pub. Inter., 1973), p.82.

[4] *Catecismo de la Iglesia Católica (CIC),* (Montevideo: Ed. Ilumen S.R.L., 1992), pp. 450,451.

La primera posición: Los que siguen a Lutero, creen que Santiago está hablando aquí de las obras que debemos hacer en la justificación frente a los hombres. Pablo, en cambio, —dicen ellos— habla de las obras de justicia que realizamos ante Dios: "Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado **delante de él**" (Rom. 3:20). "Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero **no para con Dios**" (Rom. 4:2).

Esta es una gran verdad, pues ante Dios "no hay justo ni aun uno" (Rom. 3:10). Pero dicha verdad no es completa, y por eso los que sostienen esta posición no responden por qué Dios dijo a Noé: "A ti he visto **justo** (*tsadyq, de tsadaq*) **delante de mí** en esta generación" (Gén. 7:1). Tampoco explican por qué Abel recibió testimonio de Dios "de ser justo" (Heb. 11:4); por qué, aunque Job reconoció que se sentía injusto (Job 40:4,8), Dios dijo de él que era "recto" (Job 1:8); por qué José era "bueno y justo" (*díkaios*) (Luc. 23:50); Juan el Bautista un "hombre justo" (Mar. 6:20), y el centurión "justo y temeroso" (Hech. 10:22).

Esto se debe a que los injustos pueden llegar a ser justos delante de Dios, gracias a la justificación instantánea que el Señor otorga en el perdón (2 Cor. 5:21): "El que hace justicia **es justo, como él** [Cristo] es justo" (1 Juan 3:7). Pero justo y puro a su esfera. Elena G. de White escribió: "Así como Dios es puro en su esfera, el hombre ha de ser puro en la suya. Y será puro si Cristo se forma en su interior".[1] Pero, como nadie es justo por sí mismo, en Romanos 2:13 Pablo emplea el vocablo "justos" como sinónimo de "justificados". Así que, si en la Biblia se habla de algún **justo**, es porque éste ha sido **justificado** por Cristo. Por eso la Santa Palabra nos dice claramente que ningún ser humano es justo, pero muchos llegan a serlo por Cristo.

Otro aspecto que esta posición debe explicar, es cómo el que busca la justificación puede guardar los mandamientos del Señor **ante los hombres**, como asegura. Si el pecador podría guardar los mandamientos para ser justificado, no necesitaría la justificación para ser observador de la Ley. Es cierto, que podemos hacer algunas buenas obras delante de nuestros semejantes; pero se trata de obras cargadas de hipocresía con el fin de sacar algún provecho personal. Pero, antes de ser justificados, **nunca** podremos hacer obras de acuerdo a la ley que Jesús reveló; ni ante el hombre, ni ante el Señor (Rom. 8:7). Lo más que podemos hacer es un alto en el camino del pecado, a fin de entregarnos al Salvador. La pluma inspirada nos advierte:

"**Nada podemos hacer** por nosotros mismos. Debemos ir a Cristo tal como somos".[2] "Jesús se complace en que vayamos a él como somos, pecaminosos, impotentes, necesitados".[3] "**Es sólo mediante la justicia de Cristo que somos capacitados para guardar la ley**".[4] Lutero entendió hermosas verdades acerca de la salvación, pero es evidente que no las entendió a todas.

La segunda posición: La creencia más generalizada entre nosotros es la patrística y agustiniana. Es decir, que "las obras" de Santiago 2:24 son las que se producen **como resultado** de la justificación. Para esta posición, la justificación es un acto sólo judicial. La redención o limpieza del pecado desde el bautismo, se realiza como resultado **en la santificación**. Ésta es la posición que siempre mantuvo la iglesia católica, con la diferencia de que en esta segunda postura, estas obras no dan mérito en el proceso de salvación de la santificación.

En primer lugar, nunca aceptemos la doctrina de alguien que se de la autoridad de cambiar la Palabra de Dios, por más buenas intenciones que tenga. Santiago no dice que somos "santificados por las obras", sino "**justificados** por las obras" (Sant. 2:24).

---

[1]——, *Dios nos Cuida (DNC),* (Bs. As.: ACES, 1991), p. 10.
[2] *CC,* p. 30.
[3] Ibíd., p. 52.
[4]——, *Recibiréis poder (RP),* (Bs. As.: ACES, 1995), p. 361.

En segundo lugar, la justificación bíblica es más abarcante que una simple declaración judicial, como sostiene la mayoría de las denominaciones protestantes. Nosotros no nos apoyamos en la doctrina de la mayoría, sino en la Palabra de Dios. Por eso estamos con Elena G. de White, cuando dijo:

"Pero **el perdón tiene un significado más abarcante** del que muchos suponen [...] El perdón de Dios **no es solamente un acto judicial** por el cual libra de la condenación. No es sólo el perdón *por* el pecado. **Es también una redención *del* pecado**".[1]

Sabemos que la santificación es consagración, no perdón. Sólo la justificación es sinónimo de "perdón",[2] y **sólo por el perdón hay "salvación".**[3] Por lo tanto, la obra interna de regeneración se realiza en la justificación, antes de su "fruto" que es la santificación (Rom. 6:22; 2 Cor. 5:17,21; Tito 3:5; 1 Juan 1:9). Entonces, bíblicamente no se produce la santificación del perfeccionamiento si antes, en la justificación, no hay liberación y limpieza **total** de la maldad en la conciencia. Pablo lo dice así: "Mas ahora que habéis sido **liberados del pecado** [...] **tenéis por vuestro fruto la santificación**" (Rom. 6:22). De ahí que nuestra iglesia es la única que entiende por qué *nitsdaq*, de *tsadaq* (justificar, vindicar: Gén. 6:9; Lev. 19:36; Job 4:17; 9:12; 12:4, etc.), en Daniel 8:14, también significa purificar (*taher*: Lev. 10:10; 12:8; 14:17; 16:30, etc., y *zakak*: Job 15: 14-16; 25:4; Prov. 16:2; 20:9; Isa. 1:16, etc.); y eso explica también por qué nuestra justificación "**es más abarcante**" que la del catolicismo, que es sólo parcial (¿1 Juan 1:9?) para completarlo en la santificación; y del protestantismo, que es sólo judicial; y en algunos casos un perdón progresivo que nunca termina (¿2 Cor. 5:21?). Fue con mucho esfuerzo que nuestra iglesia llegó a entenderlo desde 1888, gracias a Jones, Waggoner y Elena G. de White.

La tercera posición: Esta última creencia es la que se ajusta más a la Palabra del Señor, pues sostiene que la justificación es una "fe que obra" las condiciones del Pacto Eterno. Como todo pacto, aquí también hay "condiciones",[4] y se cumplen en ambas partes (Éxo. 19:5,6; Eze. 36: 26,27; Heb. 8:6), sino dejaría de ser un pacto y llegaría a ser una imposición. Justamente a esto llegaron Lutero, Calvino y todos lo que siguieron a Agustín con su "gracia irresistible". Siendo que el hombre no puede guardar la ley sin Cristo (Rom. 8:7), él se ofrece como su sustituto. Sin embargo, él no será sustituto de las condiciones del pacto que debe cumplir el pecador. La pluma inspirada aclaró:

"**No es el propósito del Espíritu de Dios hacer nuestra parte**, ya sea en el querer como en el hacer. Esta es obra del ser humano cuando **coopera** con los agentes divinos [...Cristo] **no será un sustituto de nuestra actividad** independiente, resultante de nuestra resolución y decidida acción".[5]

Esto lo viene diciendo Pablo en Filipenses 2:12,13 cuando dice: "**Ocupaos** [*katergázomai:* obrar, hacer, trabajar] en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce [**da poder**: *energeo,* de *energés*)] así el querer como el hacer por su buena voluntad". Vemos cómo se ha cambiado el significado de esta declaración. Por eso E. G. de White escribió:

"El apóstol **Santiago vio los peligros** que surgirían al presentar el tema de la justificación por la fe [como lo destacó Pablo a los judaizantes], y trató de demostrar que la fe genuina no puede existir sin **las obras correspondientes**"[6]

"La fe sin las obras inteligentes está sola. La fe en el poder sanador de Dios **no salvará a menos que esté combinada con las buenas obras**".[7] Porque, "como toda promesa, **nos es dada bajo condiciones**".[8]

---

[1] *DMJ,* p. 97. (La cursiva está en el original).
[2] ——, *Fe y Obras (FO,* (Bs. As.: ACES, 1984), p. 107.
[3] *CBA,* 7:920.
[4] *DTG,* p. 626.
[5] *MCP*, 2:719.
[6] *CBA,* 7:948.
[7] *Ms,* 86, 1897.
[8] ——, *El Deseado de todas las gentes (DTG),* (M. View, Calif.: Pub. Inter., 1966), p. 626.

Ahora bien. Si Pablo dice que no somos salvos por "las obras de la ley" ni nada en que podamos gloriarnos (Rom. 3:24; Gál. 2:16; Efe. 2:9); y al mismo tiempo dice que en la salvación debemos ocuparnos en obrar (Rom. 2:13; Gál. 5:6; Fil. 2:12), ¿Que "obras" no meritorias debemos realizar en la justificación? Esta es la gran pregunta que la Reforma no pudo contestar, a pesar de estar en lo cierto al confirmar la salvación por la fe, y rechazar la salvación católica de la fe más las obras.

Los Testimonios nos dicen: "La salvación es un don gratuito [...]. El precio que se nos exige no es oro ni plata [...]. Dios **pide vuestra obediencia voluntaria** [al evangelio]. Él os pide que abandonéis vuestros pecados".[1]

Recordemos que la misión de Elena G. de White fue llevarnos a la Biblia, para que aceptemos las declaraciones inspiradas que por prejuicio nos cuesta aceptar. Lutero fue un hombre de Dios, pero no era profeta divino cuando exclamó: ¡*Sola fide*! No lo era, porque esta frase no la encontramos en ninguna parte de la Biblia. Lo que sí leemos es: "no solamente por la fe" (Sant. 2:24). Y Pablo lo explica en Hechos 26:20, cuando pidió a los gentiles que "se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo **obras dignas de arrepentimiento**".

Por eso la Hna. White nos dice con claridad: "Hay muchos en el mundo cristiano que pretenden que todo lo que es necesario **para la salvación** es tener fe; las obras no significan nada [...] Semejante fe será como metal que resuena y símbalo que retiñe. A fin de tener los beneficios de la gracia de Dios, **debemos hacer nuestra parte**; debemos trabajar con fidelidad, y **producir frutos dignos de arrepentimiento**. Somos obreros juntamente **con** Dios".[2]

El error de los judaizantes fue creer que se salvaban por cumplir las ceremonias del santuario. ¿Quiere decir que no debían obedecer al sacerdocio aarónico? Sí, porque Dios lo pedía. Pero no se salvaban porque ellos cumplían las ceremonias, sino por el Cordero. Hoy no somos salvos porque nos arrepentimos, nos arrodillamos y pedimos el perdón con fe en Cristo. No somos salvos por "las obras dignas de arrepentimiento". Pero si no cumplimos estas condiciones, no habrá salvación de parte del Cordero. ¿Vemos por qué Pablo y Santiago se complementan perfectamente, pero se diferencian tanto de la Reforma? Lamento que nos dejamos llevar por sus enseñanzas durante tanto tiempo, y confundimos a nuestros hermanos con literatura adventista, que en lugar de hablar de la salvación por la fe, repite: "¡Sólo por fe!", "Somos salvos solamente por fe"… pero al mismo tiempo pedimos las condiciones para ser salvos.

Es verdad que *sola fide* fue el mejor mensaje que Lutero proclamó para enfrentarse con catolicismo. Pero no es el que se debe dar al "pueblo de la Biblia", porque esto significaría salvarse por sólo decir sí o no y punto. De hecho, por el movimiento pro-evangélico adventista, eso es lo que varios teólogos y pastores llegaron a enseñar durante los últimos 30 años del siglo pasado, hasta que se vieron las consecuencias.

Algunos evangelistas de fama decían: "Somos salvos sin hacer nada". En un folleto para la Escuela Sabática se leía: "Somos salvos sin obediencia". Pero al mismo tiempo se enseñaba que si no obedecemos a la invitación del Espíritu Santo, no habría arrepentimiento ni salvación, porque Pablo nos dice que "no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados ─note que no dice serán santificados, sino justificados (Rom. 2:13)─. Este evangelio tan inseguro, propio de Laodicea, se debe a que tratamos de mezclar las enseñanzas bíblicas con las de la Reforma.

Pero, ¿no dice Pablo que no somos salvos por las obras de la "ley"? ¿Por qué dice eso en Romanos 2:13? Porque cuando Pablo se dirige a los judíos, la "ley" es la *Torah*, donde Moisés presenta dos veces el Decálogo, y las leyes del santuario que enseñaban cómo librarse de su condenación. En el N.T. no se las presenta como una ley, sino como "buenas nuevas" (Isa. 40:9; Luc. 4:18). Por lo tanto, Pablo

[1] ———, *Palabras de Vida del Gran Maestro (PVGM),* (Bs. As.: ACES 1960), pp. 102,103).
[2] ———*, Reavivamientos Modernos (RM),* (M. V., Calif.: Pub. Inter.., 1974), p. 34.

nos dice que no somos salvos por pretender guardar el Decálogo o cualquier otra buena obra, sino por ser hacedores del evangelio, que Pablo le llama “obras dignas de arrepentimiento”.

A muchos les cuesta aceptar que son “obras”, porque creen que alguien podría gloriarse en ellas. Pero, ¿puede gloriarse el que está triste por haber pecado contra Dios? Otros argumentan que entonces la salvación no sería gratuita (Rom. 3:24). Pero el Testigo fiel nos dice: “Por tanto, yo te aconsejo que de mí **compres [...] vestiduras blancas** para vestirte” (Apoc. 3:18). Aunque la salvación es gratuita, “sin dinero”, el Señor sólo la entrega bajo una condición: que se la compre (Isa. 55:1). ¿Con el dinero que nos regala Cristo? No. Él dice: “Venid, comprad **sin dinero**” (Isa. 55:1). Tiene que ser “**sin**” ese don o ese “dinero” de Dios, porque **además** del regalo de la salvación hay otra cosa que debemos tener en cuenta en este proceso de la conversión. Elena G. De White comenta:

“Muchos objetan el significado de esto, puesto que Cristo es presentado en las Escrituras como un don. Él es un don, pero únicamente para aquellos que se entregan a él sin reservas, en alma, cuerpo y espíritu [...] La salvación es un don gratuito, y sin embargo **ha de ser comprado** y vendido [...] El precio que se nos exige no es oro ni plata [...] **Dios pide vuestra obediencia voluntaria** [al evangelio]. Él os pide **que abandonéis vuestros pecados**”.[1]

Por favor, no enseñemos más que la justificación la recibimos “sólo” por la fe; sin obediencia y sin hacer nada.

¿UNA JUSTIFICACIÓN SIN ARREPENTIMIENTO?

Hoy, muchos aseguran que somos pecadores por naturaleza y no porque pecamos. Por lo tanto, dicen: “La Ley de Dios no condena nuestros actos sino nuestra naturaleza, y por lo tanto lo que necesitamos para ser salvos **no es un cambio de conducta** sino un Salvador”. Éstos son los que, si hubieran estado en el Pentecostés, no estarían con los que preguntaron “¿Qué haremos?” Ni habrían aceptado a Pedro cuando dijo: “Arrepentíos” (Hech. 2:37,38). Elena G. de White dice:

“¿Puedo [yo el Señor] perdonar sus iniquidades cuando no se arrepienten ni se convierten de sus pecados? [...] **El pecado debe ser abandonado, odiado**, y debe aceptarse la justicia de Cristo por medio de la fe. **De esa manera lo divino cooperará con lo humano**”.[2]

En primer lugar, Elena G. de White no dice que para que Dios nos acepte, primero tenemos que abandonar el pecado arrepentidos, y luego ir a Cristo para cooperar con él. Esto sería imposible, porque nadie buscaría a Dios si primero el Espíritu no nos convenciera de pecado. El arrepentimiento es parte del proceso de la justificación, donde el pecador hace lo que le pide el Espíritu, mientras recibe de él el poder ─energés─ para “cooperar” con Dios (Fil. 2:12,13). Nada podemos hacer separados del poder de Dios (Juan 15:5). Por eso dice la inspiración: “No nos arrepentimos para que Dios nos ame, sino que él nos revela su amor **para que nos arrepintamos**”.[3]

En segundo lugar, Dios no nos condena por la naturaleza pecaminosa que poseemos, ni la cambia en el perdón, como dice Roma, sino en la segunda venida (Rom. 8:23). Aquí sí estamos con la Reforma. Luego veremos que el cambio es real, pero no en la naturaleza.

En tercer lugar, la justificación no es un simple cambio de actitud. Judas se arrepintió y cambió de actitud. Por eso devolvió las 30 monedas de plata que había recibido por su actitud anterior y se ahorcó. ¿De qué le valió ese cambio de actitud? Él perdió la salvación, porque rehusó cumplir “**las obras”** dignas de arrepentimiento para salvación.

---

[1] *PVGM,* pp. 102,103.
[2] ———, *Ser semejante a Jesús*, (Bs. AS.: ACES, 2004), p. 363.
[3] *PVGM,* p. 173.

OTRAS OBRAS DE ARREPENTIMIENTO

Nos hemos detenido para examinar el primer fruto que el Espíritu nos ayuda a realizar en la conversión, es a saber la consagración con el abandono del mal, que es el genuino arrepentimiento. Pero no se trata de una sola condición, por eso Pablo dice que son "**obras** [plural] de arrepentimiento". ¿Cuáles son las otras?

Isaías escribió: "**Deje el impío su camino**, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia" (Isa. 55:7). Ezequiel añade otras obras: "Si el impío restituyere la prenda, **devolviere lo que hubiere robado** [...] vivirá ciertamente y no morirá. No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido" (Eze. 33:15,16).[1] Y Jesús agrega: "Y perdónanos [...] **como** también nosotros **perdonamos** [...] mas **si no perdonáis** a los hombres sus ofensas, **tampoco vuestro Padre os perdonará** vuestras ofensas" (Mat. 6:12-15). "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdes de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda [...] y **reconcíliate primero**" (Mat. 5:23,24). Por último cito a Pablo, cuando dice: "La justicia que es por la fe dice [...] que si **confesares** con tu boca que Jesús es el Señor, y **creyeres** en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Rom. 10:5-9). "Porque el que **ha muerto**, ha sido justificado del pecado" (Rom. 6:6,7).

En estas declaraciones se nos dice que además de creer y apartarnos del mal, debemos **reparar las ofensas** cometidas contra el prójimo. En caso de que no podamos realizarlo en el momento por fuerza mayor, por lo menos desear hacerlo,[2] así como ocurrió con el malhechor arrepentido en la cruz. Conocemos la declaración que dice: "El que aparta su oído para no oír la Ley, su oración también es abominable" (Prov. 28:9).

También es necesario que al morir a la vida de pecado **confesemos todo** lo que se recuerde en el momento (1 Juan 1:9).[3] En caso de no recordar nada malo desde la confesión anterior, igualmente debemos pedir el perdón por los pecados de ignorancia. San Pablo dijo: "Aunque mi conciencia de nada me acusa, no por eso quedo justificado" (1 Cor. 4:4, versión Valera S.B.E.).

Cumplidas las condiciones del pacto de parte del hombre, Cristo cumple lo que prometió en la justificación "más abarcante" que puede presentarnos sólo la Revelación, es a saber: El lavamiento instantáneo de la mala conciencia por la renovación del entendimiento (Tito 3:5; Rom. 12:2; 2 Cor. 5:17,21); la declaración legal y el sellamiento de la justificación (Efe. 1:13), con la capacitación para ser santo por la presencia de la naturaleza divina (Efe. 1:11-14; Fil. 4:13); la paz del Espíritu, y la confirmación de ser "hijos de Dios" "y coherederos con Cristo"(Rom. 8:16, 17). Es entonces cuando la justicia imputada nos lleva a los frutos de la santificación (Rom. 6:22).

¿UNA JUSTIFICACIÓN QUE NOS HACE JUSTOS, O SÓLO DECLARADOS?

El maniqueísmo de Agustín y el misticismo platónico alemán de Taulero y otros,[4] influyeron notablemente en las creencias de Lutero y de los reformadores acerca de la recepción de la gracia divina en la naturaleza humana. Pensaban que si la depravación humana desde el pecado de Adán es total, no queda nada en él que la gracia de Cristo pueda producir un cambio beneficioso. Por lo tanto ya no seríamos

[1] Citado en *CC*, pp. 38,39.
[2] *MS*, 3:173.
[3] *CC*, p. 37,38.
[4] Williston Walker, *Historia de la iglesia cristiana*, (Buenos Aires: Edit. La Aurora,1957), p. 339.

"imagen de Dios". Pero Pablo asegura que sí somos "imagen y gloria de Dios", aunque muy malograda (1 Cor. 11:7).

La palabra griega *metánoia*, de *metanoéo*, significa "un **cambio** de mente", "arrepentimiento". Es imposible que alguien busque a Dios sin este **cambio** de mentalidad que produce el Espíritu Santo (Rom. 3:11). Por lo tanto, quien afirma que la justificación es sólo una declaración de perdón, está ignorando las Escrituras y el poder de Dios.

Las Escrituras nos dicen claramente que la justificación no es solamente un acto judicial. En el perdón llegamos a ser "hechos justicia de Dios" (2 Cor. 5:21); "justos [a nuestro nivel] como él es justo" en el suyo (1 Juan 3:7). La palabra "hechos", del griego *gínomai*, está en aoristo del subjuntivo. Es decir, que es una acción inmediata de Dios en la conciencia. Por eso la sierva del Señor nos dice: "A fin de obtener la justicia de Cristo, es necesario que el pecador sepa lo que es ese arrepentimiento que **efectúa un cambio radical en la mente** [luego veremos en qué parte de la mente], en espíritu y en acción".[1]

Y ella también aclara: "El perdón de Dios **no es solamente un acto judicial** por el cual libra de la condenación. No es sólo el perdón *por* el pecado. **Es también una redención *del* pecado**".[2] "Ser perdonados en la forma en que Cristo perdona es **no solamente ser perdonados, sino ser renovados** en el espíritu de nuestra mente. El Señor dice: 'Te daré un corazón **nuevo**".[3] "**Jamás se pronunció un perdón incondicional del pecado; y nunca lo habrá**. Un perdón de esa magnitud implicaría el abandono de los principios de justicia que son el fundamento del gobierno de Dios".[4]

Algunos insisten que ser "**hechos** justicia" es sólo una declaración, porque Pablo sigue diciendo: "**en él**" (*en autó*) (2 Cor. 5:21). Al estar "en él" —dicen— participamos de su justicia porque **él** es justo y nos sustituye ante Dios, no porque nosotros llegamos a serlo. Pero, ¿qué nos dicen el texto y el contexto? Como Cristo nunca necesitó ser "nueva criatura", en ese caso tampoco nosotros lo seríamos al estar "en él", como nos viene diciendo en el versículo 17. Y si fuera sólo una sustitución, tampoco necesitaríamos ser "**colaboradores** suyos [...] en el día de **salvación**", como el apóstol nos pide en los textos que siguen (6:1,2). La expresión: "en él" se lee en Mateo 13:57, cuando dice que los fariseos "se escandalizaban **en él** [*en autó*]". ¿Se escandalizaban porque estaban en Cristo? En 2 Corintios 13:4 dice: "Pues también nosotros somos débiles **en él** [*en autó*]". ¿La gracia sustitutiva de Cristo nos debilita, o al compararnos con su ejemplo nos sentimos indignos y débiles espirituales? Así que estar "en él" no todo es un estado de sustitución.

LA JUSTIFICACIÓN BÍBLICA

¿Qué es "justicia"? En hebreo tsedaqá, y en griego dikaiosúne, y "justificar", del hebreo tsadaq, y el griego dikaióo:

* Es un don divino gratuito (Rom. 5:17).
* Es la gracia de Dios (Sal. 24:5; Tito 3:7):
* Es el amor de Dios por los pecadores, que por el Espíritu llegan a ser "rectos de corazón" (Sal. 36:10; 94:15).
* Es salvación (Sal. 71:15; Isa. 51:6; 56:1).
* Es la paz y la reconciliación con Dios (Sal. 72:7; Isa. 32:17; Rom. 5:1).
* Es el vestido de la nueva conciencia sobre la naturaleza pecaminosa (Sal. 132:9; Isa. 61:10; Rom. 12:2).

---

[1] White, *MS*, 1:460.
[2] *DMJ*, p. 97.
[3] *MS*, 3:216,217.
[4] ——, *Cristo triunfante (CT)*, (Bs. As.: ACES, 1999), p. 141.

* Es la liberación de la muerte eterna, siempre que permanezca en la justicia (Prov. 10:2; 11:4; 12:28; 1 Juan 3:6,9).
* Es lo opuesto al pecado (Rom. 6:16).
* Es lo opuesto a la mentira (Isa. 28:7) y a lo inmundo (Isa. 64:6).
* Es la obra del arrepentido que es nacido de Dios (1 Juan 2:29).
* Es el fruto de la disciplina (Heb. 12:11).
* Es una práctica cristiana conforme a la voluntad de Dios (1 Juan 3:10).

Vemos que en la Biblia el justo es tanto el pecador que se arrepiente y se entrega a Cristo para ser justificado, como el que obra justicia porque ha sido justificado. De ahí que la justicia de Dios se revela no sólo en el perdón sino también en la santificación, ya que "justicia" y "justo" es todo lo que está de acuerdo a la *Torah*, es decir al Decálogo y a los mandamientos de salvación.

Según Elena G. de White, "justificar quiere decir **perdonar**".[1] "**Justificación significa la salvación** de un alma de la perdición **para que pueda obtener la santificación** [...] Justificación significa que la **conciencia** [note que no dice naturaleza, sino sólo la parte consciente de nuestra mente]**, limpiada de obras muertas**, es colocada donde puede recibir la bendición de **la santificación**".[2]

Esta es la definición que según ella se había perdido desde el Pentecostés, pues la mayoría cree que la santificación no es el "fruto", el resultado (Rom. 6:22), sino la segunda parte de la salvación. Y por este error los calvinistas adventistas se ven obligados a creer que la observancia de la ley en la santificación también es **sólo** por la fe, con un acercamiento hacia la gracia irresistible, pues, de lo contrario, los santos que guardan la ley, además de la fe de Jesús (Apoc. 14:12), se salvarían por las obras de la ley. ¿Ve el problema por seguir a la Reforma en lugar de la Palabra de Dios? Pero no guardamos los mandamientos para salvarnos en la santificación, sino como resultado de la salvación recibida en cada perdón. Así que la santificación no completa el perdón de una justificación únicamente legal. Su propósito es darnos la idoneidad para el cielo hasta la próxima caída.

Esto lo dice la definición clásica que nos da Elena G. de White: "La justicia por la cual somos **justificados es imputada**; la justicia por la cual somos **santificados es impartida**. La primera es nuestro derecho al cielo; la segunda, nuestra idoneidad para el cielo".[3]

¿LAS CULPAS SON LIMPIADAS PROGRESIVAMENTE EN LA SANTIFICACIÓN?

Muchos insisten que la limpieza por las culpas del pecado no se realiza en la justificación sino lentamente en la santificación, porque es progresiva. Pero en la Biblia no hay una limpieza progresiva ni incompleta de nuestra voluntad. Ella dice claramente que "**todas** son hechas nuevas" porque "nos limpia de **toda** maldad" (1 Juan 1:9); "de **todo** pecado [de culpa]" (1 Juan 1:7). ¿Cuándo? La Palabra responde: "nos salvó", nos "justificó", nos "lavó", "nos hizo renacer". Por eso "**ahora** que habéis sido libertados del pecado" (Rom. 6:22), "**ahora** somos hijos de Dios" (1 Juan 3:2).

En la Biblia limpiar, purgar, purificar, lavar (en el A.T., *taher*, *kata'*, *zakah* y *rakats*; y en el N.T., *kazarós, hagnós, nipto* y *apolúo*) **siempre que la limpieza es divina, es puntual** en el perdón (2 Rey. 21:13; 51:10,14,19; Isa. 1:25; Eze. 36:25,33; 37:23; Dan. 1:35; 12:10; Joel 3:21; Mal. 3:3; Juan 13:10; Heb. 10:22; 1 Ped. 1:22, etc.). **No** hay limpieza gradual individual (2 Crón. 30:17; Sal. 24:4,5;

---

[1] *RP,* p. 98.
[2] *CBA,* 7:920.
[3] ——, *Mensajes para los Jóvenes (MJ),* (M. V., Calif.: Pub. Inter., 1967), p. 32.

73:13; Prov. 20:9; Ecle. 9:2; Isa. 6:7, etc.). Y cuando en Hechos 15:9 leemos "purificando por la fe sus corazones", debe decir "habiendo **purificado**" (partic. aoristo 1º).

Como en la justificación llegamos a ser en nuestro interior como una "nueva criatura" (2 Cor. 5:17), y la santificación es una obra que dura toda la vida, luego si se cumpliera aquí la santificación llegaría a ser un parto que no terminaría sino en la transformación. Y el problema no terminará entonces, pues la sierva del Señor escribió:

"**Cuando él viniere, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados**, quitarnos los defectos del carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, **se hará antes** de aquel tiempo".[1]

Entonces, como la salvación quedaría incompleta en un proceso lento, nadie podría estar preparado para ir al cielo, y se sufriría un chasco mayor al de 1844. Gracias a Dios que la liberación de nuestras culpas es puntual, y dura mientras permanezcamos en Cristo. La otra doctrina, tan conocida en el cristianismo babilónico, viene de *La Epístola de Bernabé* (130 d.C.); lo confirmó Agustín de Hipona; pasó a Lutero y a la Reforma, y lamentablemente a nosotros en la década del 70.

¿LA JUSTIFICACIÓN NO ES UNA OBRA INTERNA, PORQUE ES SÓLO UNA IMPUTACIÓN DE JUSTICIA?

Imputar significa acreditar algo a nuestro favor. Esto ha llevado a algunos a argumentar que si "justificar" es sólo una imputación y no una impartición, se trata sólo de un crédito, de una acción legal como el indulto de un tribunal griego. Pero la Palabra de Dios responde con claridad:

Cristo "**nos salvó**, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, **por el lavamiento de la regeneración** y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5). La expresión original dice: *diá loutroú paliggenesías*. El vocablo *diá*, significa: a través de, mediante, por medio. Y *loutroú*, de *loutrón*, es lavar en genitivo singular. Por lo tanto Pablo no dice que somos salvos "**para** el lavamiento" de la santificación, sino justificados **por medio** del lavamiento, para llegar a la santificación. No somos limpiados sirviendo al Señor, como dice Roma, sino que "Dios limpiará vuestras conciencias de obras muertas **para** que sirváis al Dios vivo" (Heb. 9:14). La Biblia es clara, ¿verdad?

En los rituales del santuario, los sacerdotes no podían oficiar para el perdón si no lavaban su cuerpo y purificaban sus vestiduras. Para lavarlas, debían enviarlas al lavadero y ponerse otras ya limpias sobre su cuerpo desnudo. Es decir que no podían cubrir sus vestiduras sucias, poniéndose encima otras limpias (Núm. 8:7,21; 19: 7). La visión de Zacarías acerca del sumo sacerdote Josué lo indica claramente (Zac. 3:3-5).

Y la Hna. White dice "Como pecadores **son perdonados** de sus transgresiones por medio de los méritos de Cristo, **mientras son revestidos** con la justicia de Cristo por medio de la fe en él […] **Esto es conversión**".[2] : "Cristo no reviste el pecado con su justicia, sino que **elimina el pecado, y en su lugar imputa** su propia justicia".[3]

"La justificación es un acto de Dios [...] Esto **incluye el perdón** de todos sus pecados pasados; **la regeneración**, o nuevo nacimiento; **y en adición a todas estas bendiciones, le imputa** la justicia de

[1] *JT*, 1:181.
[2] *RH*, 21 de junio de 1892; *SSJ*, p. 189.
[3] ——, *Reflejemos a Jesús (RJ),* (Bs. As.: ACES, 1985), p. 205.

Cristo”.[1] “**Habiéndonos hecho justos** por medio de la justicia imputada de Cristo, Dios **nos declara justos** y nos trata como a tales”.[2]

El salmista David lo dijo así: “Extiende tu misericordia [...] y **tu justicia a los rectos** de corazón” (Sal. 36:10). David no está contra Pablo, pues quiere decirnos que Dios justifica al impío que lo hace recto, y por eso imputa su justicia declarándolo justo. En caso contrario, la justificación sería el momento cuando Dios miente llamando justo al que no lo hace justo. Pero Jesús vino al mundo, no para salvar a su pueblo “en” sus pecados, sino “**de** sus pecados” (Mat. 1:21). Y también por qué la Hna. White dice que “**justificación** significa **la salvación** [...] **para poder obtener la santificación**”.[3] Es cuando “la conciencia, limpiada de obras muertas, es colocada **donde puede recibir la bendición de la santificación**”.[4] ¿Vemos por qué la soteriología adventista se diferencia de la Reforma?

El mensaje del ritual del santuario es bien claro: “Ofrecerá luego el sacerdote el sacrificio por el pecado, y hará **expiación y** hará subir el sacerdote el **holocausto** y la ofrenda sobre el altar [purificación por fuego]. Así hará el sacerdote **expiación por él, y será limpio**” (Lev. 14:18,19). Así que por cada sacrificio por el pecado, **era indispensable una purificación** mediante el “agua” del lavatorio y el “fuego” del altar del sacrificio (Núm. 8:7;31:23; Job 23:10; Luc. 3:16; 1 Cor. 3:13). En caso contrario llegaría a ser un sacerdote desobediente, que sólo estaría rociando la sangre para el perdón, pero sin purificar con el fuego del holocausto todo lo que debería quemar del pecador arrepentido. Entonces, esa purificación la tendría que hacer dentro del lugar de la santidad, en la tienda del santuario, desoyendo el mandato: “No ofreceréis [en el altar del lugar santo...] holocausto, ni ofrenda” (Éxo. 30:9).

También David destaca la estrecha relación que había entre el altar del holocausto y la fuente de agua: “**Lavaré** en inocencia mis manos, **y así andaré alrededor del altar**, oh Jehová” (Sal. 26:6). Él dijo esto, porque ningún sacerdote podía iniciar ni terminar la obra del altar del sacrificio sin una limpieza en el lavatorio (Éxo. 30:20,21; Núm. 8:21,22). Y esta relación justificación-limpieza se encuentra también en la “expiación”. “Expiar” (hebr. *kippur*, de *kafar*), significa principalmente **purificar** (Éxo. 29:36,37; Lev. 12:7; 14:18-20,31,53; 15:15; 16:16; Núm. 8:6,7,21, etc.).

Por eso los adventistas somos los únicos que entendemos que en Daniel 8:14 *nitsdaq*, de *tsadaq*: justificar, vindicar. Gén. 6:9; Lev. 19:36; Job 4:17; 9:12; 12:4, etc.), también significa purificar (*taher*. Lev. 10:10; 12:8; 14:17; 16:30, etc., y *zakak*. Job 15: 14-16; 25:4; Prov. 16:2; 20:9; Isa. 1:16, etc.), **pues siempre la justificación divina incluye una limpieza total en sí misma**, y es lo opuesto a lo sucio o inmundo (Isa. 6:5-7; Apoc. 22:11). Por lo tanto, nadie que es perdonado llega al proceso de la santificación sin tener **ya** la conciencia totalmente purificada (1 Juan 1:9; Heb. 9:14). Entonces, olvidémonos de una justicia únicamente judicial y declarativa, pues en la Revelación no la encontraremos.

En conclusión, Cristo no imputa su justicia si primero no elimina el pecado: “**Cristo no reviste el pecado** [habla de la conciencia, no de toda la naturaleza] **con su justicia**, sino que **elimina el pecado, y en su lugar imputa** su propia justicia”.[5]

¿QUÉ ES PECADO?

El "pecado", del hebreo *kjet'* y *'asham*, y del griego *hamartía:* pecado, iniquidad (Lev.19:17; 20:20; 22:9; 24:15; Sal. 51:5, etc.); también *kjata'*: pecar, ofender por inocencia o culpabilidad (Gén.

[1] ”This is the Way”, *RH,* 1939, p. 65.
[2] *MS,* 1:461.
[3] *Ms,* 113, 1902.
[4] *CBA,* 7:920.
[5] *RJ,* p. 205.

39:9; Éxo. 20:20; Lev. 4:2, etc.) y *kjattá*: pecador, ofensor, culpable (Gén. 4:7; 18:20; 50:17;Éxo. 29:14; Lev. 7:7, etc.), ha sido desfigurado por la influencia platónica de las sectas cristianas gnósticas.

Aparte de la condición física en pecado, la Palabra de Dios nos dice que el hombre caído tiene un corazón engañoso y perverso (Jer. 17:9). Por eso de él salen los pensamientos malos (Mateo 15:19) y corrompidos (Isa. 59:7) que se oponen a la conciencia, gracias a la obra que ejerce el Espíritu Santo en ella (Rom. 7:14-25; Gál. 5:17). Por eso Pablo dice que somos "por naturaleza hijos de ira" (Efe. 2:3). Pero es justamente por esta naturaleza pasional, que muchos se dejan llevar a extremos como el viento mueve las olas del mar, y terminan diciendo lo que la Palabra de Dios no dice. Por eso se crearon las doctrinas de la predestinación absoluta, "la gracia irresistible" y la intervención soberana de Dios en nuestra voluntad y libre elección.

Uno de los textos más discutidos es Romanos 5:12, dejando como resultado tres posiciones sucesivas bien marcadas:

1.ª posición: Desde Melitón (180 d.C.) se anuncia que el pecado de Adán es el pecado de la raza humana; y todos mueren porque la culpa pasó a todos, tanto física como mentalmente. Como todos nacen "pecadores" o "culpables", todos necesitan un Salvador Sustituto.

2.ª posición: Todos los hombres mueren física y mentalmente, no por nacer "pecadores" sino "por cuanto todos pecaron". Por eso no sólo necesitan un Sustituto, sino también uno que sea Ejemplo.

3.ª posición: El pecado de Adán se transmite a toda la raza enfermándola física y mentalmente, hasta llevarla a la muerte "en Cristo", y luego esperar su resurrección en la segunda venida (1 Tes. 4:16). La muerte "en Cristo", porque, aunque no pecaran ni fueran culpables por el pecado de Adán, necesitan un Intercesor por nacer "en pecado" (Sal. 51:5). Pero, como "todos pecaron", sólo se libran de la "muerte segunda" gracias a la sangre de Cristo, el Sustituto y Ejemplo. Vemos que esta última propuesta se acerca más a la Palabra de Dios.

La deficiente y contradictoria doctrina de Agustín, ratificada en el Concilio de Trento, sigue dominando en el cristianismo: "Todos los hombres **están implicados en el pecado de Adán** [...] Sin embargo, la transmisión del pecado original es un misterio que **no podemos comprender** plenamente".[1]

Algunos creen que es la "separación de Dios".[2] Pero en este caso cada vez que un creyente se separa de Dios, porque peca y regresa a él; pide el perdón, y es limpiado de "toda maldad", sería limpiado del pecado original, como dice Roma por el bautismo. Pero si Pablo dice que el perdón no basta para limpiar nuestra naturaleza pecaminosa, y por eso esperamos "la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Rom. 8:23), estando ya limpios "de toda maldad" en Cristo (1 Juan 1:9), es claro que también el pecado se hereda por los genes. Por eso, antes de pecar, nacemos con un cuerpo degradado y con tendencias inconscientes hacia el mal.

Entonces viene la pregunta: Puesto que nacemos "en pecado" (Sal. 51:5), ¿somos pecadores antes de pecar? La gran mayoría de los cristianos responderá afirmativamente, pero la Biblia no. Por eso en ninguna parte dice que nacemos pecadores (*kjattá* o *kjatá*), sino "en pecado" (*kjet'*). Y por eso de los niños no es el infierno, como decía Lutero, sino "el reino de los cielos" (Mat. 19:14). Esto explica por qué en el cielo nos vamos a encontrar con tantos bebés y niños.[3] Y muchos de ellos sin padres. Entonces podemos entender porque el pecado de culpa está en aquel que sabe y/o puede, y no lo hace (Sant. 4:17; 2Cor. 8:12), y explica por qué Cristo "tomó sobre sí la naturaleza caída y doliente del hombre, degradada y **contaminada por el pecado**",[4] es decir, "bajo la ley" (Gál. 4:4), y sin embargo "**no**" hubo pecado en él (1 Juan 3:5).

---

[1] *Catecismo de la Iglesia Católica,* (Montevideo: Edit. Lumen S.R.L., 1992), pp. 100,101.
[2] E. Heppestall, *The Man Whols God,* p. 122.
[3] White, *PE,* 18,19.
[4] *CBA,* 4:1169; *YI,* 20-12-1900.

Así como en los ritos del santuario había dos clases de pecados, que eran tratados de un modo distinto (Lev. 4-6), también había dos clases de expiaciones, que explicaban por qué para Cristo, y para los 144.000 después del fin del tiempo de gracia,[1] "**no habrá entonces sangre expiatoria** que lave las manchas del pecado" de culpa[2], pero sí por vivir en naturaleza contaminada por el pecado. Y por eso el santuario celestial deberá ser purificado no sólo por la contaminación del lugar santo por los pecados de los arrepentidos, sino también en la misma *shekinah* (Lev. 16:14-16) que representa a la Deidad, por no haber cumplido con el principio de no cargar sobre sí la culpa de otro, ya que es injusto (Eze. 18:20). Pero Jesús aclaró que la profanación de este principio es "sin culpa", por haber sido hecho por amor y sin poderlo evitar de otra manera (Mat. 12:5; Mat. 26:42). Por no tomar en cuenta estas dos clases de pecado y estas dos clases de expiaciones, los protestantes creen que esto es una blasfemia. Y por eso somos los únicos que aceptamos la purificación del santuario del cielo.

Los pecados de culpa fueron pagados por Cristo en la cruz, cuando pudo exclamar "hecho es" (Juan 19:30); y llegan a ser efectivos con el fin del tiempo de gracia, la transformación y la llegada al cielo de los salvados. Pero los pecados de ignorancia, con las primeras gotas de sangre que derramó Jesús cuando clavaban sus manos al madero (Luc. 23:34).[3] Esta segunda expiación llegó a ser efectiva después de la transformación del cuerpo de Cristo en su ascensión, ya "sin relación con el pecado" (Heb. 9:28); y también después de mil años, cuando los redimidos llegarán a ser perfectos con la misma altura, y capacidad mental y espiritual que los demás hijos de Dios; y por lo tanto, ya capacitados para vivir **bajo la misma ley eterna** que rigió antes de sufrir sus adaptaciones, y la misma que Satanás transgredió en el cielo. Así será como la Deidad y su trono quedarán vindicados para siempre (Dan. 8:14).

¿Cuándo pecamos? "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción (*anomía*) de la ley" (1 Jn. 3:4). Aquí Juan dice que el pecado es *anomía:* obrar contra la ley; ilegalidad, obrar sin ley. Los agustinianos dicen que se puede pecar sin transgredir la ley, porque el texto dice: "infringe **también** la ley". Pero, en este caso, la definición inspirada debería concluir diciendo: " ...pues el pecado [**también**] es infracción de la ley". Pablo responde: "Donde no hay ley tampoco hay transgresión" (Rom. 4:15), pues "**donde no hay ley, no se inculpa de pecado**" (5:13). Así que "sin la ley el pecado está muerto" (7:8), no existe. Y la sierva del Señor concluye: "**La única definición** que encontramos en la Biblia para el pecado es que '**el pecado es transgresión de la ley'** (1 Juan 3:4). Declara la Palabra de Dios: '**Todos pecaron** y están destituidos de la gloria de Dios".[4]

Así que, además de nacer en pecado, todos los hijos de Adán son pecadores "por cuanto todos pecaron" (5:12); "todos se habían corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno" (Sal. 53:3), "porque traspasaron las leyes" (Isa. 24:5). ¿Y desde qué momento el que nace "en pecado" llega a ser pecador? Santiago lo explica así: "Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y **seducido**. Entonces la concupiscencia, **después** que ha concebido, **da a luz el pecado**" (Sant. 1:14,15).

Como veremos después, los bebés no nacen con concupiscencias, sino con tendencias inconscientes hacia la desobediencia. Lo que hacen, no lo hacen a sabiendas. La concupiscencia es una tendencia vehemente que se origina desde que se comete el primer pecado consciente. Y según estas declaraciones, el pecado, como culpabilidad, no existe aunque hallamos formado concupiscencias, a menos que cedamos a la tentación. Por lo tanto, Elena G. de White estaba en lo cierto cuando dijo: "La tentación, por poderosa que sea [como las concupiscencias], **nunca constituye una excusa para el pecado**".[5] Y

[1] Después del fin del tiempo de gracia, los 144.000 "serán sellados con su inmutabilidad" (*HAp,* p. 278). y "su carácter permanecerá puro y sin mancha para la eternidad" (*JT,* 2:71).

[2] *PP,* p.199. "Esta es la condición en que deberán encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia" (*CS,* p. 681).

[3] *DTG,* p. 693.

[4] *MS,* 1:376.

[5] Idem*; Testimonies,* 5:177.

Pablo y los justos nos dicen: "Pues aunque andamos en la carne, **no militamos según la carne**" (2 Cor. 10:3). Y por eso Dios, que nos conoce muy bien, nos dice: "**No reine, pues, el pecado** [de culpa] **en vuestro cuerpo mortal,** de modo que lo obedezcáis **en sus concupiscencias**" (Rom. 6:12). Es claro, pues, que el concepto de pecado en el cristianismo tiene mucha influencia platónica.

El error generalizado de poner todos los pecados en una sola bolsa, nos lleva a culpar a la Deidad por permitir el mal en el santísimo trono, pues el pecado no va solamente contra una ley escrita, sino contra la voluntad y el carácter de la misma Deidad (Mat. 26:42).[1] Esto nos hace ver que el "pecado" no sólo existe desde el pecado de Edén, y ha llegado a nosotros a través de la herencia y por consecuencia morimos en Cristo (1 Tes. 4:16). También está el pecado de culpa que es el de la segunda muerte, y el que ha contaminado al universo por el pecado de inocencia e impotencia.

Nunca fue la voluntad de Dios que Lucifer pecara y contaminara el trono de Dios con su presencia y con sus mentiras, y que se llevara la tercera parte de los ángeles. Por eso el Padre no quiso que Jesús tuviera que nacer en un pesebre con un cuerpo mortal, "contaminado por el pecado"; sufriera, llorara con el Espíritu Santo y los ángeles leales y finalmente muriera tan salvajemente (Heb. 10:5). Sin embargo, ni la Trinidad, ni el trono, ni los santos ángeles son pecadores por eso, porque no lo hicieron ni lo permitieron por su culpa, sino por amor al pecador.

Es verdad que la duda contaminó el universo durante 4.000 años hasta la crucifixión. Y la duda, por más inocente que sea, corroe el fundamento del trono y es pecado, pero no pecado de transgresión. Es necesaria una expiación, pero no de pecados de culpa. Por eso el apóstol Pablo nos da esta revelación:

"Y por medio de él **reconciliar consigo todas las cosas**, así las que están **en la tierra** como las que están **en los cielos**, haciendo la paz mediante **la sangre de su cruz**" (Col. 1:20). Note que la reconciliación por el pecado "mediante la sangre de su cruz" en esta tierra, no es sólo entre el hombre y Dios, sino también con "**todas** las cosas" tanto de la tierra como de "**los cielos"**.

Y Elena G. de White agrega: "Cristo intercede a favor del hombre, y **esa misma obra mediadora conserva también el orden de los mundos invisibles**".[2] "En vista de que [Cristo] pagó un precio tan elevado por nuestra salvación, debemos entender que podemos esperar confiadamente **el favor divino, no sólo en este mundo, sino también en el mundo celestial**".[3]

Por eso es triste escuchar desde la década de los 70, a teólogos y predicadores adventistas que repiten declaraciones de la Reforma como: "No somos pecadores porque pecamos, sino que pecamos porque somos pecadores". Pero Lucifer y Adán y Eva no pecaron porque eran pecadores, sino porque decidieron pecar. Y nosotros no somos pecadores porque antes de pecar ya estamos en una corrupción total, pues todavía poseemos parte de la "imagen de Dios" (1 Cor. 11:7); y "siendo malos" podemos hacer cosas buenas, aunque no por amor puro (Mat. 7:11).

Somos pecadores porque, en lugar de andar conforme al Espíritu, andamos "conforme a la carne" (Rom. 8:4), y cedemos a nuestras concupiscencias (Sant. 1:13-15). Y lo somos porque no sólo pecamos, sino también porque sabemos que volveremos a caer en el mal después de ser justificados —no hay una sola justificación y santos para siempre—: Porque "ciertamente no hay hombre justo [mejor dicho justificado porque nadie es justo] en la tierra, que haga el bien y nunca peque" (Ecl. 7:20).

Ahora bien. Si los caracteres de la herencia se transmiten hasta la cuarta generación (Éxo. 20:5), ¿cómo llegó el pecado de Adán hasta nosotros? En los Testimonios leemos: "Es inevitable que los hijos sufran **las consecuencias** de la maldad de sus padres, **pero no son castigados por la culpa de sus pa-**

---

[1] *CS,* 520.
[2] *MJ,* p. 252.
[3] ——, *Exaltemos a Jesús (EJ),* (Bs. As.: ACES, 1988), p. 325.

dres, a no ser que participen de los pecados de éstos. Sin embargo, generalmente los hijos siguen los pasos de sus padres”.[1]

“Si la humanidad hubiese cesado de caer cuando Adán fue expulsado del Edén, física, mental y moralmente estaríamos ahora en una condición mucho más elevada [...] Ojalá la humanidad hubiera dejado de caer en el pecado con Adán. Pero **ha habido una sucesión de caídas**”.[2]

Entonces en primer lugar, el pecado no llegó a nosotros directamente por la caída de Adán. Nos llegó como consecuencia, no como culpa, y además por “sucesión de caídas” de nuestros ascendientes. Y en segundo lugar, si nadie más hubiera pecado, estaríamos “en una condición mucho más elevada”, pero no en la misma inocencia del Edén, porque los genes del pecado igualmente seguirían contaminándonos en forma inconsciente, haciendo todavía difícil la lucha contra el mal. Recordemos que los genes de la conducta se graban en el cerebro químicamente; no se pueden borrar y se transmiten en código abreviado a la descendencia. Cuando los hijos ceden al pecado, esos genes se despiertan; se hacen conscientes y se transforman en concupiscencias, que son muy difíciles de vencer. Y por eso, como veremos, el Hijo del Hombre tuvo tentaciones diarias que vencer, pero al no pecar, no llegó a tener concupiscencias.

LAS INCLINACIONES NATURALES Y LAS CONCUPISCENCIAS

Como vimos, muchos creen que por el pecado original heredamos la culpa. Por lo tanto, dicen que nacemos en completa inmundicia y toda nuestra obra está contaminada por ella. Es verdad que el mal se puede heredar hasta “la cuarta generación” (Éxo. 20:5), y por eso “la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12) —es decir que cada generación agregó más pecados a las anteriores—. Sin embargo, ahora sabemos que los caracteres naturales y adquiridos no se heredan como lo enseñaba Jean B. Lamarck (1744-1829).

Sabemos que nuestro archivo de la memoria contiene todo lo bueno y lo malo que hemos pensado, sentido y obrado; y esta grabación es electroquímica, no espiritual. Antes de esto recibimos información directa de nuestros padres desde la concepción hasta el nacimiento. Pero la memoria que no aflora a nuestro consciente, no prueba que esa grabación no se realizó o se borró, pues toda información recibida se deposita en el núcleo de las células nerviosas así como los albañiles colocan ladrillos en una edificación, y éstos llegan a ser parte del edificio. Es tan imposible limpiar nuestra memoria, como pretender eliminar un ladrillo de la pared sin sacarlo de ella. Tampoco se lo logrará amontonando obras buenas sobre las grabaciones malas, durante toda la vida de santificación (ya volveremos a esto). Por eso la Biblia nos habla de la limpieza de la conciencia (Heb. 9:14; 1 Tim. 3:9; 1:3; Efe. 4:23; Rom. 12:2), pero nunca de la limpieza de los pecados del cuerpo cerebral o de nuestra naturaleza,[3] hasta la transformación (Rom. 8:23). Por no tener en cuenta este conocimiento, muchos siguen hablando de una limpieza del pecado en el proceso de la santificación, después que nuestra voluntad ha sido limpiada en el perdón —esto es muy importante.

Cuando recibimos una información, ésta recorre el cerebro eléctricamente por alrededor de unos 20 minutos. Si la información nos interesa por alguna razón, se deposita mediante el hipocampo, que es el motor de la memoria, transformando la química de una parte del metro y medio de la espiral (estirada)

---

[1] *PP,* p. 313.

[2] *CBA,* 1:1096.

[3] En Heb. 10:22 Pablo se dirige a los que deben acercarse al Sumo sacerdote para conseguir la limpieza del alma por medio del perdón y el bautismo. Por eso emplea el símbolo del lavamiento del “cuerpo”. Según la Hna. White, en Salmos 119:9 la limpieza del “camino” del joven es por medio del perdón, no por la santificación (*RJ,* p. 265).

de cromosomas que hay en cada célula de la corteza cerebral, y llega a ser literalmente “carne” de nuestra carne,[1] sumándose así al genoma. Como este archivo está conectado a un sistema que procesa la información como lo hace una computadora; puede llegar a una conclusión; y ésta puede distribuirse al resto del cuerpo aparte de la voluntad consciente, esta super-computadora de “carne” inconsciente, puede dar órdenes a nuestros miembros sin permiso de nuestra voluntad.

Toda esa información heredada y adquirida sin la actuación de nuestra voluntad, no la podemos hacer aflorar a la conciencia voluntariamente. Cualquiera puede valerse de la memoria archivada por otra persona en una computadora, porque su memoria está depositada en una especie de celdillas, de donde se la obtiene fácilmente. Pero la memoria humana es una “memoria de asociación”, no de celdillas. Por eso es que, aunque los hijos heredan toda la información genética de sus padres, sólo la captan muy vagamente, a manera de tendencias o inclinaciones **inconscientes**, y no de sentimientos y pasiones definidas.[2]

Por ejemplo, si dos padres alcohólicos tienen un hijo, y a ese bebé le damos un biberón que le sustituimos la leche que contiene por una bebida alcohólica, el bebé de esos padres alcohólicos rechazará la bebida sin titubear. Si insistimos, aceptará la bebida de 2 a 5 veces antes que un niño normal; pero al principio no, porque **nunca tuvo conciencia** de esa inclinación, ni puede asociarla con la memoria heredada. La pluma inspirada dice que “cada pecado cometido despierta **los ecos** del pecado original”.[3] Una vez que ese niño llega a sentirle el gusto al mal acto, esa inclinación indefinida que heredó se transforma en una pasión definida o concupiscente; y desde entonces actuará contra la parte consciente —que no aparece en los tomógrafos como la acción de la memoria, porque no es química sino eléctrica o espiritual— [4] y será un foco constante de tentación.

Elena G. de White escribió: “**El apetito** nos fue dado con un buen propósito, no para ser ministro de muerte al ser pervertido, y en esta forma **degenerar hasta llegar a producir las concupiscencias** que batallan contra el alma”.[5]

Este conocimiento inspirado es muy importante, pues echa por tierra uno de los errores que heredamos del protestantismo desde La Confesión de Ausburgo, cuando, con respecto a los niños recién nacidos, decía que “todos ellos están llenos de concupiscencia”.[6] Y la Iglesia Católica decía que la concupiscencia es la pasión sexual, que ya existía en la perfección del Edén.

La sierva del Señor también escribió: “Todo apetito pervertido **se transforma en una concupiscencia** agresiva. **Recibimos el apetito con un buen propósito**, no para que se convirtiera en ministro de muerte al pervertirse.”[7] Muchos “**tenían buenas facultades**, pero lo sacrificaron todo a la complacencia del apetito que lo llevó a aflojar las riendas, **quedando a merced de la concupiscencia**”.[8] Ellos “han persistido en llevar **hábitos legítimos** a extremos, y han creado y se han complacido en **hábitos que no tienen fundamento en la naturaleza y que han llegado a ser una concupiscencia** militante”.[9]

Así ella nos confirma que la concupiscencia no es un mal heredado desde Adán; “no tiene fundamento en la naturaleza”, sino que es formada en vida por todos los hombres. Por eso Jesús fue descendiente de Adán y no tuvo concupiscencias, porque nunca cedió a la primera tentación como los de-

---

[1] Ariel Roth, *Las Revista Adventista (RA),* (Bs. As.: ACES, dic. 1990), p. 5.
[2] ”Una super computadora llamada cerebro”, *Juventud,* (Bs. As.: ACES, Nº 53, año 4), p. 15.
[3] White, *RH,* 16 de abril de 1901. p. 241.
[4] ”Ya se puede fotografiar el pensamiento”, *Muy Interesante,* (Bs.As.: dic. 1986), pp. 6-10.
[5] White, *MCP,* 2:392.
[6] Citado por Mario Veloso, *El Hombre una Perspectiva Viviente,* (Santiago de Chile: Edit. Universitaria, S.A., 1900), p. 68.
[7] White, *MSV,* p. 79.
[8] *T,* 3:561,562.
[9] ——, *La Temperancia (Te),* (Bs. As.: ACES, 1969), p. 124.

más niños (Luc. 3:23, 38). Porque “las pasiones inferiores tienen su sede en el cuerpo y obran por su medio [... pero] **por sí misma la carne no puede obrar contra la voluntad de Dios”.**[1]

Entonces, esta lucha entre la mente carnal e inconsciente (química) y la mente espiritual (eléctrica), que Pablo, adelantándose a la ciencia, le llama “el **espíritu** de vuestra mente” (Efe. 4:23) —note que no dice toda la mente, sino la parte consciente, que no se ve en los tomógrafos—[2], es una lucha literal de la “carne” contra el “espíritu” que es guiado por el Espíritu Santo (Rom. 8:9).

Al “espíritu” o parte consciente que se renueva en el perdón, también se le llama la “conciencia” (*nous*) (1 Ped. 3:21; Heb. 9:13,14), el “entendimiento” (*nous*) (Rom. 12:2. Ver Luc. 24:45; 1 Cor. 14:14,15,19; Fil. 4:7; Apoc. 13:18);[3] “la razón”,[4] el “alma” (Juec. 16: 30),[5] el “yo” (Juan 5:30; Gál. 2:20), y la “voluntad” (Mar. 14:36 con Luc. 22:42). Esto no se sabía en tiempos de la Reforma, por eso se colocó todo eso dentro de una misma bolsa.

La sierva del Señor también escribió: “Los niños heredan las inclinaciones al mal, pero **también tienen muchos hermosos rasgos de carácter**. Éstos deberían ser fortalecidos y desarrollados, mientras que **las tendencias hacia el mal** deberían ser cuidadosamente vigiladas y **reprimidas**”.[6] “Los hijos **no fueron condenados por los pecados de sus padres**; pero cuando, conociendo ya plenamente la luz que fuera dada a sus padres, rechazaron la luz adicional que a ellos mismos les fuera concedida, **entonces se hicieron cómplices de las culpas** de sus padres”.[7]

Aquí se nos dice:

1.º La condena por la culpa del pecado no se hereda. El niño “en pecado” es pecador recién cuando llega a ser consciente del mal.

2.º El bebé no es una “masa de perdición completa”. La inconsciencia es neutral para todo lo que recibe, pues no sabe distinguir lo bueno de lo malo. Por eso el niño también nace con tendencias que **no son pecaminosas.** Pero el resultado general de su mente no es neutral sino **tendencioso al mal**, pues se le grabó más de lo malo que de lo bueno. Puesto que las características malas son **dominantes**, además de ser mayoritarias, explica por qué entre tantos miles de millones de personas “no hay justo ni aun uno”.

3.º Las tendencias malas que hay en sus temperamentos, nunca se las podrá borrar o limpiar del archivo de la memoria. Sólo se las podrá vigilar, reprimir, controlar,[8] “vencer”,[9] “subyugar”[10], dominar, ennoblecer,[11] circuncidar espiritualmente (Deut. 30:6) y disciplinar,[12] pero **no limpiar** o destruir. A esto volveremos cuando estudiemos el tema de la santificación que continuará en el cielo. Pero ya debe quedar en claro que una vez que Cristo nos limpia de todas las culpas en el perdón, no hay otra cosa que limpiar de nuestra naturaleza en la santificación del perfeccionamiento, hasta la próxima caída. Sé que esta afirmación es revolucionaria, como ocurrió en 1888, pues la creencia en la limpieza y salvación en la santificación progresiva, es una tradición cristiana que ya tiene 19 siglos.

Entonces, si en el perdón la limpieza en la conciencia es puntual y real, ¿por qué tenemos que seguir luchando contra el mal? En la santificación, la lucha mayor no es con los caracteres adquiridos,

---

[1] *MCP*, 1:242.

[2] Muchos confunden la conciencia con los lóbulos frontales, que es donde se procesa la actividad consciente. Pero la actividad de esta zona de la corteza cerebral continúa cuando dormimos, es decir cuando no hay consciencia; y algunas veces resuelve problemas, que llegamos a ser conscientes recién al despertar a la mañana.

[3] Aquí vemos que el vocablo griego *nous* significa mente, y también la parte espiritual de ella, que es el consciente.

[4] ——, *Conducción del Niño (CN)*, (Bs. As.: ACES, 1964), p. 38.

[5] ——, *A fin de conocerle AFC*, sábado 10 de abril.

[6] Ibíd., 1:149.

[7] *CS*, p. 31.

[8] *PR*, p. 359.

[9] *DTG*, p. 625.

[10] ——, *Consejos Sobre el Régimen Alimenticio (CSRA)*, (Bs. As.: ACES, 1969), p. 248.

[11] *CC*, p. 59.

[12] *TM*, p. 318.

sino más bien con la inercia de los malos hábitos que nos dominó hasta el momento del perdón. Creo que una ilustración puede ayudarnos: Si manejamos un automóvil a cierta velocidad y decidimos girar el volante con la rapidez que Jesús nos perdona y nos limpia del mal, se producirá la conversión que buscábamos. Pero, por inercia, el automóvil —los hábitos, el carácter— no responderá con la misma rapidez que el volante —la limpieza de la voluntad—. Sentiremos los chillidos de los neumáticos y tendremos que maniobrar hasta que el automóvil se estabilice con la nueva dirección.

La obra de la santificación, pues, no es para la conversión o para el giro del volante, sino para estabilizar el "auto" hasta que con la perseverancia y la sabiduría del Espíritu Santo, quede estabilizado. Hay malos hábitos que se estabilizan rápidamente, pero otros duran toda o casi toda la vida. Entonces, aunque en el perdón somos limpiados totalmente de las culpas, no hay una santificación instantánea y total de los malos hábitos del carácter. Por eso Pablo, siendo ya apóstol, decía disgustado: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. 7:24).

¿Por qué Dios dice que la renovación de nuestra conciencia se cumple en forma instantánea en la justificación y no en el lento proceso de la santificación, como insiste la mayoría? Veamos un ejemplo muy sencillo: Supongamos que creemos que 2 + 2 = 22; y un día la maestra de escuela nos corrige diciendo que 2 + 2 = 4; y lo comprueba dándonos 2 tizas para luego darnos otras 2. Sumamos y no llegan a ser 22, como creíamos. Entonces, ¿cuánto tiempo tiene que pasar para que aceptemos nuestro error? Nuestro cerebro nos repetirá lo que por largo tiempo le habíamos grabado, pero el entendimiento nos dirá ahora que no es así. Entonces viene la lucha del "yo" contra nuestra naturaleza. Pero si somos sinceros y queremos seguir la verdad, **no necesitaremos más tiempo para aceptarlo**. El cambio tiene que ser instantáneo. Si necesitamos un largo proceso de santificación para aceptarlo es porque no queremos doblegarnos, y ni la maestra ni el mismo Señor podrán hacer algo para cambiar nuestra mentalidad endurecida por el orgullo. En esta condición, Dios no podrá justificarnos y mucho menos santificarnos, porque es totalmente inútil si primero no hay un cambio de mentalidad (arrepentimiento).

Lo que sí necesitamos es un largo proceso de santificación para que lo grabado en el cerebro —que nunca se borra— sea vencido por nuestra **nueva** voluntad. Por eso por un tiempo, cada vez que sumemos 2 + 2 vendrá a nuestra conciencia dos resultados: 22 y 4 con la confirmación de este último. Pero ya no será un lucha, sino sólo el recuerdo del error pasado. Aunque nunca podremos limpiar la grabación anterior, con el tiempo quedará tan dominada por la voluntad que ni siquiera nos acordaremos del 22. Ésta es, justamente, la obra de la santificación.

Impregnados de la teología del pecado original, muchos confunden ciertas actuaciones instintivas de los niños como hechos de maldad. Por ejemplo, si un niño de un año se sienta a la mesa junto a nosotros, lo más probable es que tome los alimentos sin pedir permiso, y también lo haga con alimentos del plato de su vecino. Si se lo impedimos, en el mejor de los casos mostrará su disgusto con una mueca en su rostro, y no se disculpará. Estos hechos, dicen los agustinianos, prueban que nacemos profundamente egoístas, ladrones y con un carácter tosco y deforme. Es decir, muy lejos del reino de los cielos. En verdad, la actuación del niño no ha sido buena, y Dios considera a esto "pecado". Pero este pecado, ¿es de culpa o de inocencia? ¿Los niños actúan así por maldad? Si es así, ¿por qué Jesús dijo: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18:3); "porque **de los tales es el reino de los cielos**" (19:14)?

Entonces, volvamos a la actuación del niño en la mesa. Él no actuó así por malo, sino por un instinto natural que es común en todos los seres vivos desde la entrada del pecado: **El instinto de conservación de la vida**. Este instinto lo creó Dios para proteger a los seres vivos en un mundo pecaminoso. Sin él, un animal y un niño que no saben expresarse, ni tienen la capacidad para conseguir lo que

necesitan, no podrían sobrevivir. La hermana White escribió: "**El apetito nos fue dado con un buen propósito**, no para ser ministro de muerte al ser pervertido".[1]

El instinto de conservación hace a los animales y a los niños **egocéntricos.** Es decir, que para conservar sus vidas y sentirse bien, tratan de atraer la atención de todos los que les pueden ayudar; y acercarse las cosas que necesitan, antes que otros los dejen sin nada. Pero, si un niño llega a saber que puede confiar en sus padres y en algunas personas, sin embargo sigue comportándose de esta manera, el egocentrismo se pervierte en algo innecesario y perjudicial, tanto para el mismo niño como para todos. Así se torna en un pecado **consciente** que se le denomina: **egoísmo**, que ya es pecado de culpa.

El niño Jesús es un claro ejemplo de lo que estoy señalando. Él —su parte humana— no nació sabiendo lo que hacía. Y como no sabía lo que hacía, María y José tuvieron que enseñarle lo que creían correcto hasta que él pudo valerse por sí mismo para conocer las verdades de las Escrituras.[2] Pero el pensaba y actuaba como "niño inconsciente";[3] "como niño impotente, sujeto a la debilidad humana".[4] "Las facultades de su intelecto y de su cuerpo **se desarrollaban gradualmente, en armonía con las leyes de la niñez**".[5] No era otra niñez, sino la nuestra. Por eso Pablo dice que participó de la misma niñez (*paidíon*) de los bebés y niñez del siglo primero (Heb. 2:14). Esto significa que al principio no sabía diferenciar lo bueno de lo malo, y podía cometer errores propios de un niño bueno.

Isaías escribió: "He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre **Emanuel**. Comerá mantequilla y miel, **hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno**. Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno [...]" (Isa. 7:14-16). Sí, así como Ud. lo leyó, en sus pensamientos y en sus actos de niño, al principio Jesús no supo "desechar", "despreciar" o "aborrecer" (*ma'ac*) lo malo. Pero los rituales del santuario nos enseñan que el trato que se le daba a los culpables por yerro, no era por el arrepentimiento de su desobediencia, sino por medio de una ofrenda de reconocimiento.

En resumen, nosotros no somos pecadores porque tenemos naturaleza pecaminosa, sino porque **cedemos** a nuestras concupiscencias. La única definición bíblica de pecado es: que es transgresión de la ley que actúa en nuestra conciencia.

JESÚS, LA "VACA ROJA" QUE CONTAMINA Y PURIFICA

Si Jesús, que además de ser nuestro sustituto fue nuestro ejemplo, nació "de mujer" "bajo la ley" (Gál. 4:4) sin saber diferenciar lo bueno de lo malo; y participó de "carne y sangre" "lo mismo" que los bebés (*paidíon*) de sus días (Heb. 2:14), luego su vida sin pecado (1 Juan 3:5) también tendría que haber estado contaminada por el pecado. Elena G. de White lo confirma diciendo:

"Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde estaba. El tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y **la degeneración del hombre. El que no conoció pecado, llegó a ser pecado por nosotros**"[6]

"Cristo ocupó el lugar de Adán **en el desierto de la tentación**, para soportar la prueba en que éste fracasó [...] **llevó los pecados** y las debilidades de la raza humana en la condición en que ésta se encontraba **cuando él vino a la tierra** [...] Tomó la naturaleza humana y **llevó las debilidades y la de-**

[1] *MCP,* 2:392.
[2] *DTG,* p. 50.
[3] Ibíd., p. 36.
[4] Ibíd, p. 33.
[5] Ibíd., p. 49.
[6] *MS,* 1:314.

generación de la raza. **El que no conoció pecado se convirtió en pecado por nosotros**".[1] "**Cuando él vino a la tierra** […] **se convirtió en pecado** por nosotros"[2] Note que ella está hablando de su condición antes de la crucifixión.

"La naturaleza de Jesús "era humana, **idéntica a la nuestra**. Estaba pasando por el terreno **donde Adán cayó**",[3] pues "tomó sobre sí la naturaleza caída y doliente del hombre, degradada y **contaminada por el pecado**"[4] ─ella no está hablando aquí de su condición moral; del pecado de culpa, sino de su naturaleza humana. De lo contrario no podría haber sido nuestro fiel Pontífice.

Justamente, por este pecado contaminante del Hijo del Hombre, que vivió sin pecar en lo más mínimo, tiene autoridad para purificar a su pueblo, pero sin poder evitar la contaminación de la *shekinah* del lugar santísimo del santuario celestial (Lev. 16:14-16; Heb. 9:23). En el capítulo 19 del libro de Números, y en Hebreos 13:11-14, se registra el pedido especial de Dios de matar fuera del santuario, en el lugar donde se abandonaba al macho cabrío Azazel que representaba a Satanás y sus súbditos, una vaca roja (alazana) que fuera intachable, con el propósito de purificar a Israel del pecado (Núm. 19:9). Pero, por ser un lugar profano, contaminaba al sacerdocio y al santuario antes, durante y después de su sacrificio hasta el día del juicio.

Esta es la causa principal por qué en el día del juicio no había sólo una purificación del lugar santo del santuario, por causa del pecado del pueblo, sino también para la santísima *shekinah* y su ley escrita (Lev. 16:14-16). La palabra que emplea Daniel, para lo que hace falta en el día del juicio en el santuario celestial, es *nitsdáq* de *tsadáq*: justicia, recto, equidad, justo, puro (Dan. 8:14). Es decir que, algo que no es justo, debe ser justificado; algo incorrecto, debe ser rectificado; algo que está contaminado, debe ser purificado. El causante es Satanás. Pero mientras tanto, el que está contaminado es Cristo, aunque sin la culpa por este pecado en su naturaleza. Esto significa que el pecado no solo contaminó la raza humana, sino indirectamente al universo entero.

¿LA JUSTIFICACIÓN ES UNA SOLA?

La justificación única recibida por el creyente en el rito del bautismo, pasó al protestantismo por medio de Lutero. Por eso continuó con el bautismo de los bebés. Y como pensaba que el perdón es sólo legal, dijo que "nuestra justificación no está terminada [...] **Todavía está en vías de construcción**. Será, sin embargo, completa en la resurrección de los muertos".[5]

Los que sostienen una sola conversión presentan el caso de David y su adulterio con Betsabé; con su orden de dar muerte a Urías, su esposo, afirmando que Dios lo consideró justo y perfecto en el momento cuando planeaba y consumaba esos graves pecados (1 Rey. 14:8. Ver 3:6; Sal. 78: 70-72). Pero fue **después** de su arrepentimiento que Dios lo consideró perfecto y sin pecado, como dice en 1 Reyes 3:6; 14:8. Por eso la pluma inspirada dice que "confesó su pecado, se arrepintió y **se reconvirtió**"[6] diciendo: "**Vuélveme el gozo de tu salvación**" (Sal. 51:12). Si necesitaba volver a la salvación, si "se reconvirtió", es porque ya había perdido la justicia y debía convertirse otra vez. Es decir, que necesitaba una nueva justificación, a pesar que Dios no lo había abandonado. Y la Hna. White continúa:

---

[1] *CBA,* 5:1057.
[2] *RH,* 28-7-1874.
[3] Idem.
[4] *CBA,* 4:1169; *YI,* 20-12-1900.
[5] Citado por George R. Knight, *Guía del Fariseo (GF),* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1998), p. 109.
[6] White, *CT,* p. 152.

“La historia de David no suministra motivos por tolerar el pecado. David fue llamado hombre según el corazón de Dios cuando andaba de acuerdo con su consejo. **Cuando pecó, dejó de serlo hasta que, por arrepentimiento, hubo vuelto al Señor**”.[1] Y Ezequiel dice: “Mas si el justo [o justificado, pues nadie es justo por sí mismo] se apartare de su justicia y cometiere maldad [...] ¿vivirá él? **Ninguna de las justicias que hizo les serán tenidas en cuenta** [...] **por ello morirá**” (Eze. 18:24). Por esta misma razón Santiago dice que el justo que ofende la ley “en un punto, se hace culpable **de todos**” (Sant. 2:10). ¿Por qué, si sólo transgrede un punto de la ley? Porque la mínima transgresión realizada conscientemente, es suficiente para que el santo pierda la justificación, y quede otra vez al descubierto de todos los pecados anteriores **por falta de un Salvador** —Es decir, porque el pecador lo ha rechazado y se ha apartado de él.

En segundo lugar, la inspiración también dice: “Seguir a Jesús requiere una conversión de todo corazón en el comienzo, y una repetición de esa conversión cada día”.[2] Y en nuestras 28 creencias fundamentales, se lee: “Todos los creyentes que viven una vida santificada y llena del Espíritu (poseídos por Cristo), tienen una necesidad continua de recibir **diariamente la justificación** (otorgada por Cristo)”.[3]

En tercer lugar, los que sostienen la justificación única, hacen una diferenciación entre la “justificación” que dicen que se recibe una sola vez en el bautismo, y el “perdón” diario, pues creen que éste último cubre los pecados sin una nueva conversión y un nuevo nacimiento, es decir sin una nueva justificación. Pero la Revelación nos dice que “el perdón y la justificación son **una y la misma** cosa”.[4]

En cuarto lugar, la justificación única no está de acuerdo con las enseñanzas del sacerdocio divino. Pedro dice que somos “sacerdocio santo, para ofrecer **sacrificios espirituales**” (1 Ped. 2:5). Según esta declaración, ofrecemos “**sacrificios** espirituales” en plural, no un solo sacrificio espiritual al comienzo de la vida cristiana. Los sacerdotes oficiantes permanecían en la santidad porque repetían “cada día **sacrificios** a favor de sus pecados” (29: 38,44). Por eso Pablo dice que ofrecían en el altar “**cada día [...] sacrificios por sus propios pecados,** y luego por los del pueblo” (Heb. 7:27).

UNA SALVACIÓN INSEGURA Y PESIMISTA

Los que sostienen la justificación legal y única, dicen que los que creen que pueden perder la justicia imputada por cada pecado que no confiesan, tienen una religión pesimista que no ofrece ninguna seguridad. Dicen que es mejor creer que Jesús nos salva una vez y para siempre, cubriendo los pecados que cometemos el resto de la vida, hasta la salvación real en la transformación. Pero ya vimos que entonces sufrirán un amargo chasco, pues “cuando él viniere, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados”.[5]

“**No podemos tener la seguridad** y perfecta confianza en Cristo como nuestro Salvador, hasta que lo reconozcamos como nuestro Rey y seamos obedientes a sus mandamientos. Así demostramos nuestra lealtad a Dios. Entonces nuestra fe será genuina, **porque es una fe que obra** [el evangelio]. Obra por amor”.[6]

Muchos dudan de su salvación y se sienten pecadores porque saben, por la Palabra, que el justificado volverá a pecar (Ecle. 7:20). Pero el sentido de indignidad no es regla segura para saber si están

---

[1] *PP,* p. 782.
[2] *Carta* 39, 1899 en *CBA*, 1:1127.
[3] *CDA*, p. 143.
[4] ——, *Fe y obras (FO),* (Bs. As.: ACES, 1984), p. 107.
[5] *JT,* 1:181.
[6] *FO,* p. 13.

en pecado de culpa o no; o si han sido perdonados, pues este sentido permanecerá aún después del fin del tiempo de gracia, cuando ya todo caso habrá sido sellado para vida o para muerte eterna. Al referirse a los 144.000 que vivirán en ese tiempo, la pluma inspirada escribió: "Pero aunque tengan **un profundo sentido de indignidad**, no tendrán pecados ocultos que revelar. **Sus pecados habrán sido borrados**".[1]

Para confirmar la hermosa verdad de la justicia imputada de Cristo con la limpieza de todo pecado de culpa, la sierva del Señor nos dice:

"Jesús ve la culpa del pasado, y perdona, y no debemos deshonrarlo dudando de su amor. **Este sentimiento de culpa debe colocarse a los pies de la cruz** en el Calvario. **El sentimiento de pecaminosidad ha envenenado las fuentes de la vida** y de la verdadera felicidad. Ahora Jesús dice: 'Echadlo todo sobre mí. Yo tomaré vuestros pecados; y os daré paz".[2]

Sentirnos pecadores por haber pecado y por saber que volveremos a pecar, es un sentimiento que viene de Dios (1 Juan 1:8; 1 Tim. 1:15). Pero sentirnos justos y pecadores al mismo tiempo, en el momento cuando gozamos en Cristo, es dudar de la Palabra (¿1Juan 1:7,9; 3:7,9?). Lamentamos que los reformadores, que conocieron la hermosa verdad de la justificación por la fe, no hayan tenido suficiente fe para aceptar esta justificación real que anuncia el Señor. Por este triste error, siguen esperando para la segunda venida una justicia que el Señor ya les ofreció. Como resultado, llegan a creer en una religión liviana donde Dios los declara justos mientras continúan en el pecado. Elena G. de White escribió al respecto: "La religión liviana [...] anima a éste a creer que **Dios lo salvará mientras continúa en el pecado**, sabiendo que es pecado".[3]

Así que no debemos confundir el sentido de indignidad que continuará por un tiempo en el cielo, al compararnos con los santos celestiales que siguen creciendo en la gracia sin haber caído nunca, con el sentido de culpabilidad. Con Cristo podemos sentirnos pecadores por lo que fuimos antes de ser perdonados, pero no por la culpa de estar haciendo algo malo mientras permanecemos *en él*, pues esto no puede ser (1 Juan 2:4-6).

Los evangélicos creen que al pensar que nos espera un juicio, nos quita seguridad en la salvación. Pero, ¿en qué basan ellos su fe? ¿Porque invocan al Señor de la salvación, y lo aceptan como el mejor Abogado? Muchos de los que piensan así, sufrirán un terrible chasco, pues el Abogado responde: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre […]? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mat. 7:22,23). Por lo tanto, Santiago pregunta: "¿Podrá la fe salvarle?" (Sant. 2:14).

Sí, hay seguridad en la salvación, gracias al Salvador. Pero, por lo que vimos, lo que nos da seguridad no está en lo que la mayoría cree. En primer lugar, no podemos negar que nos espera un juicio, porque la Biblia lo dice con claridad (Dan. 7:10,26; Rom. 14:10; 2 Cor. 5:10). En segundo lugar, es verdad que Dios no necesita que haya un juicio. Pero la seguridad de que la maldad no surgirá en el universo por segunda vez (Nah. 1:9), tiene su base en la confianza en el gobierno de Dios. Y para esto, se requiere que todos seamos testigos de lo que Dios hizo y hace.

Y en tercer lugar, la clave que nos da seguridad de la salvación ante el juicio, está registrado en 1 Juan 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, **él es fiel y justo** para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". "Fiel", porque cumple y cumplirá lo que prometió. Y, la palabra clave: "**Justo**" (*díkaios:* recto, justo), porque cuando nos perdona los pecados confesados, lo hace con estricta justicia, no en base a sentimientos; sólo por amistad, o con un falso arrepentimiento. Y así como la sangre salpicada en el santuario terrenal, quedaba como un testimonio para el día del juicio, cuando todo debía ser purificado, cada perdón de Cristo queda hoy registrado en el cielo para el día cuando el Juez hará un juicio.

---

[1] *CS,* p. 676.
[2] *DNC,* p. 150.
[3] *MS,* 3:175.

¿Cuál será la sentencia? Es fácil saberlo, y no queda lugar a dudas: Si no volvemos a pecar —y "no hay hombre justo [justificado] en la tierra que haga el bien y nunca peque" (Ecl. 7:20; 2 Crón. 6:36), y por eso Cristo nos perdona más de "setenta veces siete"—, ¿qué cambios hará la Justicia entonces de lo que hizo Jesús en cada perdón? Ninguno. Y si un perdón de Cristo no fuera aceptado por algún error, el Juez tendría que culpar también a su Hijo. Por lo tanto, nadie que permanece en Cristo debe dudar de su salvación. Sin embargo, también hay seguridad para todo aquel que se aparta de él:

"Más si el justo se apartare de su justicia [...] ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta [porque, aunque los registros de perdón también serán leídos, no podrá oficiar el Abogado a favor de ellos...] por ello morirá" (Eze. 18:24). Por eso, "bienaventurados los que lavan [*loúo*] sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad" (Apoc. 22:14). Vemos que hay seguridad para los perdonados de Laodicea (el pueblo del juicio).

Para resumir, destacando la diferencia que existe entre la justificación bíblica y la que se ha divulgado en el cristianismo, presento la siguiente tabla comparativa:

LA JUSTIFICACIÓN EN...

ROMA	**LA REFORMA**	**LA BIBLIA**
Es un proceso.	Es un acto sólo legal.	Es un breve proceso de arrepentimiento, que concluye con el perdón y el sello del Espíritu
Justificado por fe más las obras meritorias.	Justificado sólo por tener fe.	Justificado por una fe que obra arrepentimiento.
Hecho justo.	Declarado justo.	Declarado por ser hecho justo.
Llega a ser parcialmente justo en el bautismo y pecador para santificación.	Queda simultáneamente justo (declarado) y pecador.	Es justo por conciencia totalmente limpia, con naturaleza en pecado.
La justificación nos limpia la naturaleza pecaminosa.	La justificación no nos limpia nada del mal.	La justificación nos limpia la conciencia, no la naturaleza.
Justicia infusa por un prin-	Justicia imputada sin ningún	Justicia que Dios imputa porque renueva la voluntad

cipio de cambio.	cambio interno.	de “todo” mal.
Una sola justificación que nos salva del pecado original; y en la santificación, la limpieza de los pecados presentes	Una sola justificación que nos salva de la condenación. Una santificación en pecado sin condena.	Como cada día pecamos, debemos pedir el perdón (justificación) cada día, para volver a la santidad que interrumpimos. La santificación no es salvación sino el fruto.
Justicia para el que es justo.	Justicia para el que es impío.	Justicia al impío que Dios hace justo.
Salvo por obras humanas.	Salvo sólo por gracia.	Salvo por la gracia de Cristo.

PRIMERA CONCLUSIÓN

Basándonos en la revelación inspirada, podemos llegar a la conclusión de que la justificación adventista “es más abarcante” y única, pues **en sí misma** “incluye el perdón [...] la regeneración, o nuevo nacimiento; y en adición a todas estas bendiciones, le imputa la justicia de Cristo”.[1] Es decir que la declaración de justicia, se cumple si primero, por obra del Espíritu, hubo un cambio en el arrepentido como condición del pacto, y no como se cree generalmente, que primero se le imputa legalmente la justicia, para que en la santificación pueda cumplir esas condiciones, convertirse y regenerarse gradualmente.

Entonces podemos señalar los pasos de la salvación de esta manera:

El hombre, gracias al Espíritu santo:

1.º Conocer su verdadera situación.

2.º Creer en Cristo como su Salvador.

3.º Tomar la decisión de entregarse (consagrarse) a él.

4.º Arrepentirse de sus pecados gracias a la ayuda del Espíritu.

5.º Abandonarlos ─momentáneamente hasta la completa transformación y capacitación de la justificación, que da poder para hacerlo por amor.

6.º Reparar las ofensas cometidas por o contra su prójimo (Mat. 5:24) ─siempre que pueda lograrse en el momento, porque lo importante aquí es “el querer”. Y, como ocurrió en el Calvario, Dios lo aceptará como un hecho.

7.º Morir al pecado, confesando todo a Dios.

Cristo por el Espíritu santo:

8.º El lavamiento por la renovación de la voluntad.

---

[1] This is The Way, *RH*, 1939, p. 65.

9.º Declaración, capacitación y sellamiento de la justificación, mediante el reinado en nosotros de la “naturaleza divina”.

10.º La paz y la confirmación de ser “hijos de Dios”, con el “derecho” para ir al cielo (siempre que permanezcamos en el Señor).

Es maravilloso el plan de Dios, ¿verdad?

SEGUNDA PARTE

LA SANTIFICACIÓN

QUÉ ES SANTIFICACIÓN

El vocablo “santificación”, “santificar”, del hebreo *qàdash*: **consagrar**, dedicar, apartar algo o a alguien del uso común; y del griego *hagiázo*, con significado equivalente, es el proceso de justicia que se realiza gracias a la entrega voluntaria del hombre a Dios, para servirle incondicionalmente bajo su dominio amoroso. Veamos a continuación algunas definiciones. Elena G. de White escribió:

“La santificación significa **amor perfecto, obediencia perfecta**, conformidad plena con la voluntad de Dios”.[1] “La santidad es **un pacto constante con Dios**”.[2] “**La obediencia a la ley** de Dios es santificación [...] La santificación no es una obra instantánea sino progresiva, así como **la obediencia es permanente**”.[3]

Para la justificación, Pablo nos decía: “**No por obras**, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:9). Pero ahora en la santificación nos dice: “Creados en Cristo Jesús **para buenas obras**” (ver. 10). En la conversión no podíamos guardar la ley moral (Rom. 8:7); ahora “el que dice: Yo le conozco, y **no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso**, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:4). Y enfatizando esta verdad, luego dice: “Todo aquel que es nacido de Dios [...] **permanece en él; y no puede pecar**” (3:9). Vemos que mientras el santo **permanece** en Cristo no deja de ser obediente (1 Juan 1:6; 2:4; 3:6,9). Si todos los días peca es porque no permanece en el.

A este proceso, Pablo lo considera un camino de “gloria” (*doxa*), es decir de brillo, de dignidad y triunfo (2 Cor. 3:18; Rom. 8:30). Pero, como “ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque” (Ecl. 7:20), este caminar con Cristo se interrumpe por el pecado, y por eso se realiza “de gloria en gloria” (2 Cor. 3:18), es decir de santificación en santificación (Rom. 8:30). Por eso la pluma inspirada nos dice: “No existe tal cosa como santificación inmediata [es decir de golpe y para siempre]. **Es una obra de todos los días**. El apóstol Pablo dice: ‘Cada día muero’ (1 Cor. 15:31). Se convertía a Dios **diariamente**”.[4] Cada día debemos retornar al camino que hemos abandonado por el pecado: “**Conságrate a Dios todas las mañanas**; haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: ‘**Tómame**, ¡oh Señor!”.[5]

---

[1] *ATO,* p. 97.

[2] Ibíd., p. 195.

[3] Ibíd., p. 146.

[4] ——, *Alza tus ojos (ATO),* (Bs. As.: ACES, 1982), p. 229. La Hna. White se refiere aquí a los que creen en la santificación que se realiza en un momento y quedan para siempre con la impecabilidad. Es decir con la santificación wesleyana de la segunda bendición,.

[5] *CC,* p. 69.

¿Y por qué en la justificación Dios nos hace plenamente justos en un momento, y “completos en él” (Col. 2:10), pero en la santificación llegamos a ser parcialmente perfectos en un proceso lento que puede durar años (Fil. 3:12-14)? Porque la regeneración del perdón es sólo una obra de Dios (por medio de la fe); en cambio la obra de la santificación es una tarea que depende no sólo de la obra de Dios (“**fe**”), sino también de “**la obra de la ley** escrita en sus corazones” (Rom. 2:15). Como aquí buena parte de la tarea la debe cumplir el hombre que está en Cristo, el proceso de crecimiento se torna muy lento.

El apóstol Juan define a los santos o santificados de esta manera: “Aquí está la paciencia [o mejor: perseverancia (*hupomoné*)] de los santos, los que **guardan los mandamientos de Dios y la fe** de Jesús” (Apoc. 14:12). Ahora el justo ya consagrado no sólo acepta las indicaciones de la ley moral, sino que también la guarda; la vive por el poder del Espíritu. Ya no es una “fe que obra”, sino por fe **y** las obras: “**Por fe en Cristo, y por la obediencia de la ley** de Dios, podemos ser **santificados**, y así obtener la preparación para asociarnos con los santos ángeles y con los redimidos”.[1] No olvidemos que la santificación no es salvación sino el “fruto” (Rom. 6:22). Así que “**justificación significa la salvación** de un alma de la perdición **para que pueda obtener la santificación**”.[2] Aquí nos diferenciamos no sólo del catolicismo, sino también de la Reforma.

Otra definición inspirada dice: “La justicia por la cual somos justificados es imputada [regalada, acreditada]; la justicia por la cual somos santificados es impartida [añadida]. La primera es nuestro **derecho al cielo**; la segunda, nuestra **idoneidad para el cielo**”.[3]

“Todo aquel **que permanece** en él, no peca”; “y no puede pecar” (1 Juan 3:6,9). La seguridad de la impecabilidad durante la santidad del perfeccionamiento no puede ser más clara. Pero esta impecabilidad es **condicional**: Si “**permanece”** en Cristo. Y aquí también la Biblia es clara: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien [con Cristo] y nunca peque [apartándose de él]” (Ecl. 7:20). Cuando el justo, “confiado en su justicia [justificación] hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo” por falta de Abogado (Eze. 33:13).

Entonces, debe quedar en claro que el santo y el perfecto **no es habitualmente** justo y bueno. Lo es plenamente, en forma “**permanente”** y “**constante** con Dios” o deja de serlo, y deberá ser “**revestido** del nuevo” para volver a ser santo. Sólo así “se va renovando hasta el conocimiento pleno”, transformándose “de gloria en gloria”. Aquí también tenemos diferencias con el resto de la cristiandad.

Pero, a fin de poder llegar a una definición más precisa, hay más revelaciones que debemos tener en cuenta:

1.º La Biblia dice que santidad es la perfección; un estado “irreprensible” y “sin mancha” del creyente (1 Tes. 3:13; 5:23; Efe. 4:12; 1 Ped. 1:15; Apoc. 22:11) que se opone a lo profano (Lev. 10:10; Eze. 22:26; 44:23) y a toda inmundicia de pecado (Rom. 6:19; 1 Tes. 4:3,7). Es la “hermosura” y “la gloria” espiritual (1 Crón. 16:29; 28:22; Sal. 96:9; 110:3; 2 Cor. 3:18; Rom. 8:30).

2.º “Santo” es el creyente apartado para Dios que vive en un estado de incapacidad (1 Cor. 1:2 con 3:2); en la “levadura” del pecado (5:7), en “malicia y maldad” (5:8); en idolatría (10:14), en injusticia (6:9-11); como “niños fluctuantes” (Efe. 1:1 con 4:1,4), envanecidos (1 Cor. 5:2), carnales y en contiendas (3:3; 4:5; 11:18). Es decir que no es digno de ser alabado (11:22).

3.º Todo creyente que Dios llama “santo” es santo como lo es el Señor (1 Cor. 1:2; Lev. 11:44,45; 19:2; Mat. 5:48; Heb. 12:14, etc.).

4.º No hay “santo” sino sólo Dios (Apoc. 15:4; Job 11:7).

5.º La santificación es por la fe. Por eso Dios es el que santifica (Lev. 20:7,8; Rom. 3:27,31; 2 Cor. 1:24; Apoc. 14:12).

---

[1] ——, *Reflejemos a Jesús (RJ)*, (Bs. As.: ACES, 1985), p. 89.
[2] *CBA*, 7:920.
[3] *MJ*, p. 32.

6.º La santificación es por las obras conforme a la ley (Núm. 15:40; Sant. 2:22; Apoc. 14:12; 19:8). Es Dios y nosotros, porque el hombre debe colaborar (1 Cor. 15:10; 3:8,9). "La santificación es el resultado de una vida de obediencia".[1]

7.º Para estar santificado ya hay que ser santo, es decir consagrado al Espíritu (Lev. 20:7,8; 1 Cor. 1:2 con Efe. 1:1; 4:1,12-15; Rom. 1:7; 1 Cor. 6:11). Porque la consagración debe realizarse antes de la salvación, es decir al perdón y la limpieza de la justificación (Éxo. 19:10,14; Núm. 18:17: 1 Sam. 16:5; 1 Crón. 23:28; 2 Crón. 30: 15; 31:6; Job 1:5; 1 Cor. 1:2; 2 Tes. 2:13; Heb. 3:1,7,8; 9:13, 14).

8.º La santidad se cumple en el momento del perdón y la limpieza de la justificación (Éxo. 29:37; Lev. 6:18; 16:19; 1 Cor. 6:11; Efe. 4:24; Heb. 10:10).

9.º Es el resultado de la liberación del pecado de la justificación (Rom. 6:22; 1 Cor. 1:30; Efe. 5:26,27).

10.º Hoy podemos ser perfectamente santos (Mat. 5:48 con Fil. 3:15; 1 Cor. 6:11; Col. 2:10).

11.º La santificación de la perfección nunca terminará (Éxo. 15:11; Efe. 4:12,13; Mat. 5:48 con Job 11:7; Fil. 3:12-14; Apoc. 22:11).

¿Cómo se concilia todo esto? Simplemente, estas revelaciones nos dicen que la santificación es un proceso donde se realizan grandes cambios. Y estos cambios, donde se ve claramente el poder de Dios, se inician con la entrega del pecador al poder del Espíritu Santo.

CUÁNDO SE INICIA LA CONSAGRACIÓN

Pablo escribió: "A la iglesia de Dios [...] a los **santificados** en Cristo Jesús, **llamados a ser santos**" (1 Cor. 1:2). Eran "santificados" (*hegiasménois*), porque habían sido llamados y se habían consagrado al cristianismo (1 Cor. 6:11; Éxo. 19:14; 2 Tim. 1:9; Heb. 9:13,14; 13:12). Y en esta condición fueron llamados "a ser santos" (*kletois hagiois*: dativo plural). Según el sentido que nos da la versión original, eran llamados santos en forma dativa. "Es decir, los que son llamados **a santificación**".[2] La misma expresión *kletois* —aunque en singular (*kletós*) — es empleada por Pablo en el versículo anterior (1 Cor. 1:1), para decir que fue "llamado a ser apóstol de Jesucristo". Fue llamado a serlo, porque no nació apóstol ni lo fue hasta el llamado y la capacitación del Señor.

Entonces, ¿por qué, si eran "santificados" o apartados, eran llamados a la santificación? Porque el proceso de la entrega o consagración a Dios, **tiene un doble propósito**.

Aquí la Hna. White señala el primero, cuando dice: "**Al consagrarnos a Dios**, debemos necesariamente abandonar todo aquello que nos separe de Él".[3] "**La santidad, que significa entrega íntegra a Dios**, le es totalmente aceptable".[4] Y Pablo dice que son "santos" lo que son llamados al cristianismo: "También vosotros, llamados **a ser de Jesucristo** [...] llamados **a ser santos**" (Rom. 1:6,7). Porque "nos salvó y **llamó con llamamiento santo**, no conforme a nuestras obras" (2 Tim. 1:9).

Ahora volvamos a la carta de Pablo a los Corintios, donde a los miembros de la iglesia les llama "santificados [...] para ser santos". Estos creyentes habían aceptado a Cristo como su Salvador personal, pero aunque se habían consagrado a él (1 Cor. 1:2), necesitaban la regeneración de la justificación. No era suficiente reconocer que Cristo es el Salvador. Por eso esos santos todavía estaban en la "levadura" del pecado (1 Cor. 5:7); en "malicia y maldad" (5:8); en idolatría (10:14); en injusticias (6:9-11); envanecidos (5:2); en contiendas (3:3; 4:5; 11:18), etc. Es decir que eran creyentes consagrados o santifica-

[1] ——, *Los hechos de los apóstoles (HAp)*, (M. View, Calif.: Pub. Inter., 1957), p. 463.
[2] White, *CBA*, 6:656.
[3] *CC*, pp. 42,43.
[4] Ibíd., p. 271.

dos en medio del pecado, que estaban viviendo el proceso de la conversión. Y muchos de ellos ya habían sido perdonados, pero habían vuelto al pecado y se estaban re-consagrando. Por eso estaban casi en el mismo nivel que los que recién habían aceptado a Cristo.

Las ceremonias del santuario lo ilustra de esta manera: Desde el momento que el pecador entraba al "atrio" del tabernáculo, y se paraba cerca de la entrada, quedaba apartado de los lugares profanos por el cerco de cortinas, y se encontraba entonces en "**lugar santo**" (Éxo. 29:31; Lev. 6:16, 26,27; 7:6; 10:12,17,18; Eze. 42:13,14; 44: 19). Se entiende que este "lugar santo" no era el de la tienda, sino otro anterior donde se encontraba el altar del holocausto y el lavatorio. De esa manera, al entrar al "atrio" del santuario, junto a la puerta, **antes** de ofrecer su cordero en sacrificio en el altar, el pecador ya estaba en lugar santo, apartado, es decir consagrado de todo lugar profano; y estando santificado, recibía el perdón o justificación (altar) con la limpieza (lavatorio) por medio del sacerdote. Así que, antes de entrar al lugar santo de la tienda como "fruto" del perdón —por medio de lo que el sacerdote realizaba por él—, el arrepentido **ya** había sido lavado, **santificado** [consagrado] y justificado (1 Cor. 6:11 con Rom. 5:9 y Heb. 13:12). Elena G. de White lo explica así: "La justicia **imputada** de Cristo significa santidad [consagración], rectitud [justificación], pureza [limpieza]".[1]

Otra ilustración de la santificación para ser santos, lo presenta Ezequiel: "Como las ovejas **consagradas** [...] serán llenos de rebaños de hombres" (Eze. 36:38). Recordemos que el animal preparado para el perdón, primero debía ser "consagrado"; luego era sacrificado en el altar de la justificación (Éxo. 19:10,14; Núm. 18:17; 1 Sam. 16:5; 1 Crón. 23:28; 2 Crón. 31:6). Por eso Moisés primero "**santificó** al pueblo", y luego pidió que cada uno lavara sus vestiduras (Éxo. 19:14. Ver 1 Sam. 16:5). Y Pablo escribió: "**Santifican para la purificación** de la carne [...] **limpiará vuestras conciencias** de obras muertas" (Heb. 9: 13,14). Mediante la figura de la **consagración previa** de los animales que eran llevados al holocausto, habla aquí de la consagración para la justificación, cuando se limpia la conciencia de pecado, así como lo repite en 2 Tesalonicenses 2:13, al hablar del creyente que es "escogido **desde el principio para salvación**, **mediante la santificación por el Espíritu**". No habla aquí del que ya fue llamado y fue justificado para una salvación en la santificación, como se interpreta generalmente, sino del que es llamado "**desde el principio**" para salvarse; del que es santo porque fue llamado "**a ser** de Jesucristo" (Rom. 1:6,7).

"**Cada mañana conságrate** tú mismo, alma, cuerpo y espíritu a Dios".[2] "La bendición de Dios reposará sobre cada alma **que se consagre** plenamente a él. **Cuando busquemos a Dios** de todo corazón, lo encontraremos".[3] Queda claro, entonces, que antes de llegar a ser discípulos e hijos de Dios por la justificación, y antes de poder vivir "**en**" Cristo en la santidad, debemos consagrarnos al Espíritu Santo. Sin esta entrega a Él —llamémosle "consagración" para no confundirla con la santificación que viene como "fruto" del perdón— no habrá conversión, ni perdón, ni santificación.

Entonces los pasos son:

1.º Consagración al Espíritu desde el principio de la conversión (2° Tesalonicenses 2:13).
2.º En el perdón quedamos limpios de toda culpa y justificados en el momento (1° Corintios 6:11).
3.º Como "fruto", entramos en el proceso de la perfección de los santos en la Santificación propiamente dicha (Efesios 4:12,13), hasta la próxima caída.

---

[1] *Carta,* 14 de enero de 1890. Note que ella habla aquí de la limpieza del perdón, no del bautismo, como creen muchos.
[2] *Carta* 36, 1901.
[3] ——*, Dios nos cuida (DNC),* "Entrego mi corazón", p. 40.

¿LA SANTIFICACIÓN ES SÓLO POR LA FE?

Cuando Lutero se levantó para combatir la salvación romana, la justicia que él combatió fue, en verdad la que para ellos es la segunda parte de esta salvación, que llaman "santificación". Creyendo que la "santificación" es el complemento de la "justificación por la fe"; y como Roma enseñaba que esta segunda parte es una salvación mediante las obras del hombre, Lutero anunció que no era "por la fe" (justificación) y por las obras (santificación), sino "**sólo** por la fe" (justificación). Entonces siguió dando énfasis a la justificación, junto con el rito del bautismo a los infantes, y le restó importancia a la santificación bíblica.

Pero lamentamos que él y la mayoría de los reformadores que le siguieron, no se detuvieron para hacerse esta sencilla pregunta: "¿Es la santificación que viene por la justificación, la liberación del pecado o el "fruto" de ella (Rom. 6:22)?" La respuesta a esta pregunta hubiera cambiado seguramente el curso de la Reforma. Y ésta es la pregunta que deben formularse los adventistas que hablan de una santificación **sólo** por la fe, porque también creen que es una justificación por fe única y continua. Entonces, el primer problema que debemos resolver, es si la santificación que viene como fruto de la liberación del pecado, nos libera del pecado porque es el complemento de un perdón incompleto (¿1 Juan 1:9?).

Sabemos que justificación y perdón "son una y la misma cosa". Pero, ¿es perdón la santificación? Si la santificación fuera el perdón, no podría ser el *arrabón*, es decir el adelanto de la vida celestial (Rom. 6:22; Apoc. 22:11), pues allá no habrá perdón. Como vimos, el justo "no puede pecar" mientras permanezca en este proceso, porque "la obediencia es permanente"; es "un pacto constante con Dios". San Juan es muy claro: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios **permanece** en él; y **no puede pecar**, porque es nacido de Dios" (1 Juan 3:9).

Justamente en 1 Juan 3:9 está la "piedra" que ha hecho tropezar y caer a los más grandes teólogos del protestantismo; incluso a los nuestros que se han detenido en el camino al cielo para contemplar maravillados a los reformadores. Señalando a los que están en la santidad, ellos dicen: Son "personas **sin pecado**, aun cuando **todavía cometan actos pecaminosos** por los cuales necesitan perdón". ¿Sin pecado pecando? ¿Por qué esta confusión? Porque creen que hay una sola justificación y una sola santificación ininterrumpidas; una vez justos y santos, lo son para siempre. Aquí está el problema. Y lo que llama la atención, es que no creen esto en la práctica, sino cuando quieren explicarlo teológicamente.

Pablo escribió: "Porque nosotros **somos colaboradores** [*sunerjós*] **de Dios** [...] edificio de Dios" (1 Cor. 3:9). Y la pluma inspirada comenta este pasaje, diciendo: "**La cooperación de la voluntad y el esfuerzo humanos con la energía divina** es el vínculo que une a los hombres unos con otros y con Dios".[1] "El Señor **no** tiene intención de hacer la obra para cuyo cumplimiento ha dado facultades al hombre".[2]

Note que aquí no se está hablando de una cooperación pasiva. No se habla sólo de la entrega de la voluntad, como dicen muchos, sino también de cooperar empleando nuestro pobre y débil "esfuerzo" con la energía de Dios. Para algunos adventistas, creer que debemos esforzarnos, es una herejía que sólo puede sostener el romanismo. Pero esto es lo que sostiene la Biblia: "**Me esforcé** [*filotiméomai*] a predicar el evangelio" (Rom. 15:20). "Mira que te mando **que te esfuerces** [*chazaq*] y seas valiente" (Jos. 1:9). Por eso también para ir al cielo los santos "**se esfuerzan** [*biázetai*] por entrar en él" (Luc. 16:16; Mat. 11:12). Tú, pues, hijo mío, **esfuérzate** [*endinamú*] **en la gracia** que es en Cristo Jesús" (2 Tim. 2:1). "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y **esforzaos** [*krataláo*)]" (1 Cor. 16:13).

---

[1] *MCP*, 2:722.
[2] *FO*, p. 13.

En los Testimonios leemos:"**Hay esfuerzo ferviente desde la cruz hasta la corona**. Hay lucha contra el pecado interior. También contienda contra el error de afuera".[1] "La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay descanso; el esfuerzo ha de ser continuo y perseverante. Sólo **mediante un esfuerzo incansable** podemos asegurarnos la victoria contra las tentaciones de Satanás".[2]

El descanso que obtenemos en la justificación y continúa todo el tiempo que caminamos con Cristo, no es el descanso del deber, sino el de la culpa del pecado. Por eso los escritos inspirados nos dicen: "El corazón que más plenamente descansa en Cristo es el más ardiente y **activo en el trabajo para él**".[3] Note que no dice que Cristo trabaja **por** ellos, sino ellos "**para él**". La obra suya "por" el hombre se produce en la regeneración, no en los frutos de ella. Éste fue el error que sostenían "los nicolaítas" (Apoc. 2:6,15), enseñando que eran "hombres salvados en sus transgresiones", porque Cristo —decían— "**cumple la ley por nosotros**" ("*fulfils the law for has*").[4] Este fue también el error de la Reforma, que llevó el protestantismo a la degeneración y muerte espirituales hasta los tiempos de la iglesia de Filadelfia (Apoc. 3:1).

"Vosotros debéis **obedecer como socios** con el Hijo de Dios".[5] "En esta tarea **debemos trabajar conjuntamente con Dios**".[6] "Entonces el poder divino ciertamente **se combinará con sus esfuerzos**".[7] "La obra del Espíritu Santo debe combinarse con el esfuerzo humano".[8] "Ahora es el momento de recibir gracia, fortaleza y **poder para combinarlos con nuestros esfuerzos humanos** a fin de que podamos formar caracteres para la vida eterna".[9] "Su gracia es dada para obrar en nosotros el querer y el hacer, pero **nunca como sustituto de nuestro esfuerzo**. Nuestras almas deben ser despertadas a este **trabajo de cooperación**".[10]

Así que en un sentido, en el atrio, la expiación de la sangre limpiaba las culpas, y en el lugar santo, cubría para la perfección de los santos. Pero, repito, **en ningún mueble del lugar santo de la tienda se rociaba sangre para la limpieza de la culpa diaria de los creyentes**, sino sólo en los cuernos del altar del incienso que representaban a Cristo cuando intercede, y en el velo, que representaba la vida salvadora de Cristo (Heb. 10:20). La orden para la tienda del santuario es bien clara: "**No** ofreceréis sobre él incienso extraño, **ni holocausto**—perdón por algún pecado—, ni ofrenda; **ni tampoco** derramaréis sobre él **libación** —el jugo de uva de la sangre de Cristo— (Éxo. 30:9). Por lo tanto, la santificación que viene como fruto de la liberación del pecado, no puede ser la salvación de lo que ya hemos sido salvados. La pluma inspirada nos dice con claridad: "Justificación significa **la salvación** de un alma de la perdición **para que pueda obtener la santificación**".[11] ¿Es claro? No es perdón legal en el atrio de la justificación, para obtener la salvación en la santificación, como insiste la nueva teología adventista y la mayor parte del cristianismo.

¿NUESTRO VIEJO HOMBRE NO MUERE?

Como en los tiempos de los Padres de la Iglesia y de la Reforma se conocía poco acerca del funcionamiento de la mente, al inconsciente, con el "ello", el subconsciente y el pre-consciente; como así

[1] *RH*, 29-11-1887.
[2] ——, *El ministerio de curación (MC)*, (M. View, Calif., Pub. Inter., 1959), p. 359.
[3] *CC*, p. 71.
[4] *ST*, 25-II-1897.
[5] *MS*, 3:153.
[6] Ibíd., 2:36.
[7] *RJ*, p. 243.
[8] *MS*, 3:493.
[9] *DNC*, p. 190.
[10] *MJ*, p. 145.
[11] *CBA*, 7:920.

también al consciente, con el yo y el super yo, se los metía todo en una sola “bolsa”. Por eso no podían entender por qué Pablo dice que el hombre viejo muere en la justificación, y en la santificación tenemos que luchar contra nuestra naturaleza pecaminosa. Hoy, todavía se sigue negando que el “viejo hombre” o “yo” muera, a pesar de lo que revelan las Escrituras: “Sabiendo esto, que **nuestro viejo hombre fue crucificado** juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea **destruido**, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que **ha muerto**, ha sido justificado del pecado” (Rom. 6:6,7). “Porque si las cosas que **destruí**, las mismas **vuelvo a edificar**, transgresor me hago [...] Con Cristo estoy juntamente crucificado, y **ya no vivo yo**, mas vive **Cristo en mí**” (Gál. 2:18-20). “**Despojaos del viejo hombre y renovaos** [...] en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, **creado** según Dios” (Efe. 4:22-24).

Entonces, en el perdón el “viejo hombre” o “yo” es crucificado, muerto y destruido; no encerrado o adormecido, como muchos enseñan. Sólo podrá actuar nuevamente cuando sobre lo destruido se vuelve a “edificar” otro. Si quedara adormecido no se necesitaría volver a edificarlo. Además, Pablo dice que el “nuevo hombre” no es el “viejo hombre” despertado, sino “**creado**” de nuevo. Otra vez se nos indica que en el perdón diario, a los pecados no se los encierra; no se los cubre con la justicia divina, ni se los adormece, sino que se los destruye y se realiza una nueva creación de la conciencia. Y es por eso que el creyente en Cristo puede guardar la Ley, cuando antes del perdón no podía.

LA NATURALEZA VIEJA, EL NUEVO “YO” Y LA NATURALEZA DIVINA

Como la teoría de la justificación única y permanente no acepta la verdadera muerte espiritual del “viejo hombre”, tampoco puede aceptar que el justificado sea “revestido del nuevo [...] a la imagen del que lo creó” (Col. 3:9,10) antes de la segunda venida de Cristo. Por eso enseña que el “nuevo” hombre no es el creyente purificado, sino “la naturaleza divina” (2 Ped. 1:4) que actúa en el “viejo hombre” que no murió. Así al negar la verdad, los que sostienen esta teoría se ven obligados a creer que esta “naturaleza divina” fue creada, pues el texto dice: “del nuevo [...] que lo creó”. Y también tienen que negar la Revelación, cuando dice que el yo debe morir ahora y no en la segunda venida de Cristo: “El yo debe morir. Entrega tu voluntad y muere al yo ahora, ahora mismo”.[1]

Generalmente se confunde la **naturaleza vieja** o pecaminosa —que es la “carne” que no cambia en el momento del perdón—, con el “viejo hombre” o **voluntad vieja** que sí se renueva totalmente. Así, como en la conversión tenemos que luchar contra el “yo”, en la santificación debemos obrar a favor del nuevo “yo” renovado, “**combatiendo contra el pecado**” (Heb. 12:4) y en contra de lo malo de nuestra naturaleza.

Podemos ilustrar el cambio que se produce en cada perdón, comparando nuestra naturaleza pecaminosa con un televisor:

Creación:

Cuerpo Adán + espíritu de vida = alma viviente (*nefesh hayyah:* alma de vida).

Cuerpo de la TV + “espíritu” eléctrico = programas buenos, y más tarde malos que se ven y se escuchan.

Justificación:

El mismo televisor prendido = Cambio de programas: Todos son buenos. Los malos fueron eliminados totalmente.

[1] *Carta* 29, 29-11-1879.

<u>Santificación:</u>

El televisor permanece prendido = Se desarrolla el buen hábito de ver sólo los programas buenos.

<u>Glorificación</u>:

Aquí también se realiza el cambio del cuerpo del televisor, para ver mejor todos los buenos programas del cielo.

Puesto que el nuevo "yo" (programas buenos) tiene que luchar no sólo contra el pecado que le rodea, sino también contra la naturaleza pecaminosa que sigue en nosotros (viejo televisor), no debemos creer que esta "nueva criatura" o voluntad renovada se podrá arreglar sola. Ni siquiera Cristo, nuestro ejemplo supremo, confió plenamente en su "yo" impecable y santo. Por eso Pablo dice que "ni aun Cristo se agradó a sí mismo" (Rom. 15:3). Sabemos que debemos amarnos a nosotros mismos (Mar. 12:31). Cuando no debemos hacerlo es cuando nuestra naturaleza nos quiere apartar de Dios, así como ocurrió con Cristo en el Getsemaní (Mat. 26:39).

Así que, si bien no debemos anular al "yo" convertido, debemos vigilarlo para que la naturaleza pecaminosa no lo pervierta otra vez. La sierva del Señor escribió: "**Jesús** se vació a sí mismo, y **en todo lo que hizo jamás se manifestó el yo**. Todo lo sometió a la voluntad de su Padre [...] el que aprende de Cristo renunciará al yo, [...] **El yo se somete a la voluntad del Espíritu Santo**".[1] Es entonces cuando nuestro nuevo "yo", nuestra nueva voluntad, puede tener a su favor un apoyo que no podría ser más perfecto y poderoso: "**La naturaleza divina**" (2 Ped. 1:4). Fue gracias a ese maravilloso poder que Cristo también pudo vencer. Por eso la hermana White comenta:

"El hombre **no puede vencer las tentaciones** de Satanás sin que **el poder divino** se combine con su capacidad. **Tal ocurría también con Cristo** Jesús: él podía echar mano del poder divino [el Espíritu Santo...] Y **de esta manera él es nuestro ejemplo**".[2]

En resumen, cuando estábamos en el pecado buscando la justicia de Cristo, vivíamos con naturaleza pecaminosa dirigida por una voluntad pecadora. La justificación nos renovó la voluntad, y ahora en la santificación vivimos en un nuevo "yo" con la naturaleza pecaminosa, y tenemos el apoyo de la naturaleza divina.

¿PODEMOS SER PERFECTOS?

En el proceso de la santificación recibimos de Dios una orden: "**Creced en la gracia y el conocimiento** de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 3:18); "Tú, pues, hijo mío, **esfuérzate en la gracia** que es en Cristo Jesús" (2 Tim. 2:1). Y la Hna. White escribió: "Necesitamos comprender que **es pecado la imperfección del carácter**".[3]

Los vocablos hebreos *tamin* (Gén. 6:9; 17:1; Lev. 22:21; Deut. 18:13, etc.) y *shalem* (Deut. 25:15; 1 Rey. 8:61; 11:4; 15:3,14; 2 Rey. 20:3, etc.), que aparecen 91 y 27 veces respectivamente, se traducen como "íntegro", "perfecto" y "completo". Y corresponden con la palabra griega *téleios*. No es sólo una muestra de misericordia y amor, como algunos teólogos interpretan con Mateo 5:38-48, porque se cumple en buena medida en la iglesia Ejército de Salvación; y también lo hicieron Mahadma Gandi y la madre Teresa de Calcuta. La perfección de Dios que debemos imitar va más allá, porque no es la única característica de la perfección bíblica. En los salmos, "los perfectos" son "los que andan en la ley de

---

[1] *DMJ,* p. 18.
[2] *MS,* 3:158.
[3] *PVGM,* p. 309.

Jehová" (Sal. 119:1). Santiago afirma que son los pacientes (Sant. 1:4). Pablo dice que son los que no murmuran contra otros (Fil. 2:14). Pero también dice que la perfección no es sólo una virtud cristiana, sino el esfuerzo constante para alcanzar la meta, que es el Modelo "Cristo Jesús" (Fil. 3:14,15).

Otros creen que perfecto es todo aquello que está maduro. Es decir lo que está en sazón; prudente, juicioso, sesudo. Pero a diferencia de lo que es perfecto, "maduro" indica siempre el fin de un proceso de crecimiento hasta llegar al punto que se esperaba, ya sea en una fruta o en una persona. Y en este caso, cuando Cristo nos pide que seamos perfectos como Dios "es perfecto" (Mat. 5:48), nos estaría diciendo que Dios es más que íntegro y perfecto: Es maduro. Pero él no pasó por un proceso de maduración, porque es la perfección absoluta e inalcanzable (Job 11:7: *taklith*). Y por eso es un proceso que no tiene fin ni de este lado, ni del otro de la eternidad; es un proceso de maduración, pero **no es la madurez**.

En primer lugar, para evitar que caigamos en el perfeccionismo legalista, Dios, como buen padre, no trata a sus hijos de acuerdo a lo que él sabe y puede, sino de acuerdo a los dones que dio. Por eso para Él no es perfecto el que recibió diez talentos y gana cuatro. En cambio sí lo es el que gana "cuatro" porque recibió "dos" (Mat. 25:14-30). Por lo tanto, nunca cometamos el error farisaico de medir a todos con la misma regla de perfección. Esto no pertenece al hombre sino a Dios, que puede juzgarnos.

En segundo lugar, esta es la causa por qué a los recién nacidos por la justificación, y comienzan o reinician el proceso de la santificación progresiva, el Señor ya los considera "completos en él" (Col. 2:10). Es decir, ya perfectos a su esfera de conocimientos y capacidades. Por eso "de los niños es el reino de los cielos" (Mat. 19:14), y por eso Jesús fue perfecto a su nivel de niño, a pesar que al principio no supo "desechar lo malo y escoger lo bueno" (Isa. 7:14-16).

En tercer lugar, para éstos que se inician, hay una condición: "**Creced en la gracia y el conocimiento** de nuestro Señor" (2 Ped. 3:18); "**Sed, pues, perfectos** [a vuestro nivel], como vuestro Padre celestial es perfecto [en el suyo]" (Mat. 5:48). Y como Jesús obedeció la orden divina para la santificación, "aprendió la obediencia, y habiendo sido **perfeccionado**, vino a ser autor de nuestra salvación" (Heb. 5:8; 2:10).

Para la Iglesia Católica y para la Reforma este conocimiento siempre fue un problema, por sostener una única santificación que es la segunda parte de la salvación en el bautismo, donde se peca menos pero se sigue pecando con Cristo; y donde se recibe el perdón por lo que se hace además del pecado original. Y por eso les cuesta aceptar que en su proceso de santificación, Jesús fue perfeccionado.

La Hna. White nos dice: "La voluntad de Dios es vuestra santificación'. El eco de su voz llega hasta nosotros, diciéndonos**: 'Más santo, aún más santo'**. Nuestra respuesta siempre debería ser: 'Sí, Señor, **más santo todavía**".[1] "Cristo es nuestro modelo [...] **Nunca podremos igualarlo**, pero podemos imitarlo";[2] así que la orden es: "**Empiecen su obra. Él es la suficiencia de ustedes**. 'Esfuérzate y aliéntate" (Dan. 10:19),[3] pues la perfección a tu esfera es "el resultado de **tu propio esfuerzo**".[4]

Se entiende que esta tarea no debemos hacerla solos, porque sería imposible (Juan 15:5). Pero igualmente nos abruma al pensar que esta tarea de perfección nunca termina: "Recordad [dice Elena G. de White] que la edificación del carácter no finaliza **mientras no termine la vida**".[5] "La santificación es el resultado de la obediencia prestada **durante toda la vida**".[6]

Así que en cuarto lugar, tenemos que saber que aunque el perfeccionamiento de la fe nunca termina; y al aumentar nuestros conocimientos también llegamos a ser responsables de ellos, esto no debe llevarnos a suponer que la tarea es agotadora e inalcanzable, y nos lleva a exclamar con Pablo: "¡Mise-

[1] *RP,* p. 98.
[2] Ibíd., p. 371.
[3] *RJ,* p. 245.
[4] *RH,* 26 de agosto de 1884.
[5] *DNC,* p. 179.
[6] *HAp,* p. 448.

rable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:24). Por eso Jesús nos devuelve la paz con esta explicación:

"**No os afanéis por el día de mañana**, porque el día de mañana traerá su afán. **Basta cada día** su propio mal" (Mat. 6:34). Y la sierva del Señor añade: "Día por día todos somos probados, corregidos y educados para ser útiles en esta vida. Pensad en esto: **sólo un día por vez**".[1] "**Todo lo que tenemos que hacer se refiere al día de hoy**. Hoy hemos de ser fieles a nuestro cometido. Hoy hemos de amar a Dios con todo el corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Hoy hemos de resistir las tentaciones del enemigo y obtener el triunfo mediante la gracia de Cristo. **Así estaremos velando y esperando la venida de Cristo**".[2] Por lo tanto, ella dice que "la santificación consiste en **la alegre ejecución de los deberes diarios** en perfecta obediencia a la voluntad de Dios"[3]

En quinto lugar, aunque el blanco de la perfección es el Señor Jesús, él mismo dejó bien en claro que para hoy ese blanco no es el que llegó Pablo, ni Moisés, ni Jesús, porque ellos no recibieron los mismos talentos que los nuestros. Es bueno idealizar y buscar el nivel de los grandes hombres de Dios. Pero no cometamos el error de obligarnos a alcanzarlos, pues la regla que Jesús nos predenta es esta: "Amarás al Señor tu Dios con todo **tu** corazón, y con toda **tu** alma, y con toda **tu mente** y con todas **tus fuerzas**" (Marc. 12:30). ¿Con la mente y las capacidades de quién? Con las que **nosotros** poseemos. Por supuesto, nunca solos sino con el Espíritu Santo.

Entonces, ¿cuál es la norma de perfección "en nuestra esfera"? Ella nos dice: "Hasta donde alcance **nuestra capacidad**, hemos de manifestar la verdad".[4] "El hombre tiene una parte que realizar para promover el crecimiento del grano [...] Después de emplear **sus esfuerzos hasta el límite máximo**, el hombre debe depender aún de Aquel".[5] "Su perfecta santidad expía nuestras *imperfecciones*. Cuando nosotros hacemos lo mejor, él se convierte en nuestra justicia".[6] Ésta es la justicia impartida, que con Pablo nos permite decir: "No que lo haya alcanzado ya, **ni que sea perfecto.**" Pero sí lo puedo contando el nivel de mis capacidades: "Así que, todos los que **somos perfectos**, esto mismo sintamos" (Fil. 3:12-15).

Vemos, entonces, que el que dice que no puede ser perfecto, es porque no quiere alcanzar lo que puede. Y esto es pecado; es rebeldía contra su Hacedor. Y lamento que por desconocer la Revelación, durante las tres últimas décadas del siglo pasado, entre nosotros la palabra "perfección" llegó a ser considerada casi como una mala palabra. Como resultado, en la membrecía no se hizo esperar el debilitamiento de su espiritualidad.

En resumen, la perfección bíblica nos señala **tres grados de perfección cristiana**: La perfección instantánea por el sellamiento del Espíritu en cada justificación, la perfección progresiva según nuestras mejores capacidades diarias, y la perfección final según lo ejemplificó el Todopoderoso; que aunque nunca la alcanzaremos, nos sirve de estímulo para crecer en la gracia, ya que sabemos que la ley del menor esfuerzo y el conformismo nos seguirán pisando los talones mientras caminemos en esta vida pecaminosa. La historia del protestantismo y los resultados en la breve historia del anti-perfeccionismo adventista son ejemplos bien conocidos.

---

[1] *MCP,* 1:15.
[2] *DNC,* p. 189.
[3] *PVGM,* p. 339.
[4] *MS,* 1:395.
[5] *PVGM,* p. 48.
[6] *The Ellen White 1888 Materials*, v.1, (Washington, D.C.: Ellen G. White Estate, 1980), p. 242. (La cursiva no es mía).

NUESTRO CARÁCTER NO SERÁ TRANSFORMADO EN LA 2ª VENIDA

Como la falta de conocimiento y la imperfección de nuestro carácter continuarán en el cielo, podemos saber, también, por qué Jesús fue perfeccionado y no fue pecador por eso, ni nuestro perfeccionamiento prueba que somos culpables de pecado. Elena G. de White escribió esta sorprendente declaración: “Hay **tendencias al mal**, heredadas y cultivadas, que deben ser vencidas. El apetito y la pasión han de ser puestos bajo el dominio del Espíritu Santo. No tiene término la lucha de este lado de la eternidad”.[1]

¿Cómo puede ser que en el cielo tengamos que luchar contra “tendencias al mal”? Ella continúa diciendo: “Cuando él [Cristo] venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter y curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición”.[2] "El Refinador no se sentará entonces para realizar el proceso de purificación y quitar los pecados y la corrupción [...] Ahora es cuando debemos realizar esta obra."[3]

“Cuando Cristo venga**, nuestros caracteres no serán transformados**. Estos cuerpos viles serán transformados, y formados a la semejanza de su cuerpo glorioso, pero **no** se obrará entonces en nosotros **una transformación moral** [“*moral change*”]“.[4]

“La obra de nuestra vida consiste en buscar **la perfección del carácter** cristiano, luchando continuamente para conformarnos a la voluntad de Dios. **Los esfuerzos empezados en la tierra, continuarán durante toda la eternidad**”.[5]

“Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados en la muerte, ni por la resurrección. Saldréis de la tumba **con la misma disposición** que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. **Jesús no cambia nuestro carácter al venir**. La obra de transformación debe hacerse ahora”.[6]

Por eso el ladrón en la cruz se verá en desventaja con relación a los que avanzaron más en la perfección. Y “**la capacidad de gozo será menor en la vida futura** por causa de la mala conducta y el abuso de las facultades morales en esta vida”.[7] Pero, a pesar que nunca fue el deseo de Dios que esto existiera, el ladrón arrepentido no será pecador por esta diferencia de perfección.

“Los que en este mundo andan de acuerdo a las instrucciones de Cristo, llevarán consigo a las mansiones celestiales toda adquisición divina. Y **en el cielo mejoraremos continuamente [...] en la conducta**”.[8] Cuando el ladrón arrepentido se compare con los seres que nunca cayeron, sentirá lo mismo que todos nosotros; pero de ningún modo eso será motivo de desaliento o de la pérdida de la felicidad celestial.

Vemos, entonces, por qué es tan importante el proceso de la santificación progresiva: “**La formación del carácter es una obra de suma importancia**. **Es una tarea que no termina en esta vida**, sino continúa en la futura. Lo que hagan de sí mismas ahora por medio de los méritos y la gracia de Cristo, perdurará por las edades eternas, y me intereso mucho en que **no se conformen con una norma baja**”.[9]

---

[1] *CC,* p. 128.
[2] *RH,* 7-VIII-1888.
[3] *Testimonies,* 2:355.
[4] *TS,* 3: 370.
[5] *HAd,* p. 12.
[6] *NCM,* p. 329.
[7] *MSV,* p. 221.
[8] *CDCD,* p. 35.
[9] Idem.

¿HAY DOS VESTIDOS DE CRISTO?

Vimos que en la justificación hemos sido vestidos con las vestiduras de salvación (Isa. 61:10), y por causa de nuestras recaídas, "**revestidos**" en el perdón diario. Es un cambio real y total (1 Juan 1:9). Por eso es también una "nueva creación (2 Cor. 5:17). Pero no de toda nuestra naturaleza, sino del "entendimiento", la "voluntad", la "conciencia", que cubre la "carne" de pecado de 6000 años de degeneración. Por eso esperamos "la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Rom. 8:23), es decir de todo el ser.

La Revelación nos indica que Dios tiene registrado el código de nuestros genes del carácter, como así también de los genes que modelaron nuestro rostro. Por eso en el cielo, a pesar de recibir un cuerpo incorruptible, podrá **reproducir** en nosotros la misma personalidad: "Así como los rasgos **se reproducen** sobre la placa pulida del artista, **nuestros caracteres están registrados en los libros del cielo**".[1] Dios ya nos conocía antes de nacer: "Nuestra **sustancia** no le era oculta cuando fuimos hechos en secreto. **Sus ojos vieron nuestra sustancia**, aunque **imperfecta,** y **en su libro todos nuestros miembros fueron escritos,** aun cuando no existía ninguno de ellos".[2]

Así que el archivo químico de nuestra memoria será destruido con el resto del cuerpo. Esto lo señala muy bien el ritual del santuario de Moisés, al no expiar dentro del santuario la cabeza de las víctimas (Lev. 4:11). Pero, aunque sea imperfecto, en la resurrección Dios hará una **reproducción exacta** de ese archivo material cerebral. Lo hará aunque tenga la grabación de **lo malo dominado y vencido**, a fin de que nos sirva de garantía eterna. Así que esa grabación de lo malo vencido será como una poderosa vacuna contra una segunda caída en el universo.

SEGUNDA CONCLUSIÓN

Podemos concluir diciendo que la santificación es el "fruto", el resultado del perdón que cada día nos limpia la conciencia de **todo** pecado; y tiene como objetivo perfeccionar el carácter día a día hacia el blanco, que es Cristo nuestro supremo ejemplo; a fin de que, con la práctica de los mandamientos por la fe, podamos ser idóneos para el cielo. Pero, este proceso eterno se interrumpe por el pecado, llevándonos "de fe en fe" —de justificación en justificación— y "de gloria en gloria" —de santificación en santificación— hasta la transformación de la redención, cuando el proceso continuará en el cielo eternamente, es decir sin interrupción y libre de la "carne de pecado".

No existe un santo en la perfección, es decir con Cristo, que esté pecando conscientemente. Juan dice que el que asegura esto es un mentiroso. Esta doctrina se originó con la creencia de que hay una sola justificación y una sola santificación que no se interrumpe por el pecado. Dios sólo considera perfecto al arrepentido perdonado que obra el bien con todo el corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas. El que peca, se separa del Salvador y debe volver a la salvación para ser santo otra vez. Si Dios considerara justo y santo al que no abandona el pecado, la vida en el cielo de los redimidos sería tan insegura como esta vida. Bastó sólo un "pequeño pecado" en el Edén, el primer lugar santo de la tierra, para que Adán y Eva fueran desalojados de esa santidad. Por eso la santificación dura toda la vida; pero no podrá ser continua, sino renovada diariamente por el perdón hasta la renovación de nuestra carne. Además de aprender a dominar cada vez más nuestra naturaleza pecaminosa, el objetivo de la santidad

[1] *ATO,* p. 190.
[2] ——-, *Consejos para la Iglesia (CPI),*(Bs. As.: ACES, 1995), pp. 133, 134.

es el continuo perfeccionamiento de la fe, imitando al Todopoderoso en un crecimiento que durará eternamente.

Mientras tanto, gocémonos por el extraordinario plan de salvación, que nos permite tener la seguridad de que, si nos entregamos al Salvador con todo nuestro corazón, nada ni nadie podrá apartarnos del amor de Dios y de la recompensa celestial prometida a todos los que creemos en sus promesas. **¡Sea el nombre de Dios alabado por siempre, porque su misericordia es infinita!**



E-mail: lebeskow@arnet.com.ar